

Julio Miranda

# Cuentos fantásticos venezolanos







**Cuentos fantásticos  
venezolanos  
Antología**

2.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024  
1.ª edición, “LIBROS DE HOY” / El Diario de Caracas, 1980

© Julio Miranda  
© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela 1010.  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com  
comunicacionesperroyrana@gmail.com  
www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana  
Twitter / X: @elperroylarana  
Instagram: @perroylarana  
Threads: @perroylarana  
YouTube: ElperroylaranaTV

#### **Edición y corrección**

José Leonardo Guaglianone / Carlos González

#### **Diagramación y diseño de portada**

Roberto Chávez Pabón

Las imágenes reproducidas en esta edición son versiones en alta resolución de las pinturas y grabados del artista visual neerlandés Maurits Cornelis Escher, reproducidas sin crédito en la edición original.

Hecho el Depósito de Ley:  
ISBN: 978-980-14-5504-2  
Depósito legal: DC2024000217

Julio Miranda

COMPILADOR

**Cuentos fantásticos  
venezolanos  
Antología**



# ÍNDICE

**NOTA EDITORIAL** 11

**PRÓLOGO** 13

**JOSÉ RAFAEL POCATERRA** 16

La ciudad muerta

I

II

III

**JULIO GARMENDIA** 28

Narración de las nubes

**CAPÍTULO I:**

De cómo fui lanzado sin consulta a las Nubes  
en persecución de unas enaguas

**CAPÍTULO II:**

De la Conquista de las Nubes y de la  
destrucción de un grande y poderoso  
Imperio por las corrientes de aire

**CAPÍTULO III:**

De cómo por una cuestión de fronteras  
se desata la guerra en las Nubes

CAPÍTULO IV:  
De cómo perdí el mayor bien  
que puede concedernos la Fortuna

CAPÍTULO V:  
De cómo, al subir por una escalera, abarqué  
el panorama del vasto mundo vaporoso y,  
ya sin fortuna, no tuve inconveniente en  
persuadirme de la vaporosidad de todo en las Nubes

CAPÍTULO VI:  
De cómo nací otra vez en las Nubes,  
y de cómo vine nuevamente a la Tierra  
porque, estando recién nacido, había  
perdido el uso de la razón

**ARTURO USLAR PIETRI** 36

El ensalmo

**ANDRÉS MARIÑO PALACIO** 42

Abigaíl Pulgar

**ALFREDO ARMAS ALFONZO** 50

Capítulos de: *El osario de Dios* (1969)

15

33

133

**PASCUAL ESTRADA** 56

Del diario de la batalla de las hordas desnudas

**GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN** 60

Los brazos de Kalym

Los dientes de Raquel

<b>FRANCISCO MASSIANI</b>	<b>64</b>
Había una vez un tigre	
<b>EDNODIO QUINTERO</b>	<b>74</b>
Álbum familiar	
<b>EARLE HERRERA</b>	<b>78</b>
Los dedos de la muerte	
<b>HUMBERTO MATA</b>	<b>80</b>
El sustituto	
<b>FUENTES BIBLIOGRÁFICAS</b>	<b>85</b>



## NOTA EDITORIAL

El manuscrito bifronte que ahora ponemos en manos de los lectores fue tomado de aquella famosa colección Libros de Hoy (identificado bajo el número 39), dirigida por Ana María Miler y Daniel Divinsky en *El Diario de Caracas* del 1980. Por un espacio de tiempo prolongado, la edición dominical del periódico encartaba breviaros o contenidos diversos, entre esos, esta antología de cuentos venezolanos preparada por Julio Miranda exclusivamente para la colección ya mencionada.

Esta pieza de colección, impresa en papel periódico, de fácil lectura, en formato rústico y ligero constituyó por mucho tiempo el *omphalos* donde críticos, escritores y lectores argumentaban la existencia de este tipo de literatura en nuestro país. Es de allí que retomamos su valor, su propia consistencia es quizás ser la primera antología para este tipo de relatos, la otra es la mirada panorámica vestida de apotegmas que subyacen en el prólogo de Julio Miranda.

Para esta reedición hemos actualizado las reseñas de los autores. Igualmente, hemos puesto al día y al caso normas de estilo atendiendo cuidadosamente a los usos, a las intenciones del relato y formas narrativas. También se reconstruyó el listado de fuentes bibliográficas de las ediciones originales y, por último, se han corregido las erratas advertidas y actualizado el texto a las nuevas normas ortográficas.



## PRÓLOGO

Fui siempre muy sensible a la vista de enaguas en los aires,  
y apenas veo unas en la atmósfera tengo la costumbre de  
acudir en auxilio y prestar gratuitamente mis socorros.

JULIO GARMENDIA

Que la risueña fantasía de Julio Garmendia me permita atravesar la zona tormentosa de las disputas genéricas es un deseo no sé hasta qué punto cumplido, pero cuya intención quería explicitar. Porque se trata, aquí, de abarcar —en lo posible— los diversos registros en que la fantasía se ha expresado narrativamente en el país, descartando una definición estrecha de lo fantástico. De entrada, queden señaladas ciertas exclusiones: la ciencia-ficción (que ya tuvo su lugar en estos libros); la fantasía “poética” (de frutos en general dudosos); varios autores de los que se han publicado o se publicarán muy pronto respectivos títulos en esta Colección (Salvador Garmendia, Adriano González León, Luis Britto García).

Si con el JULIO GARMENDIA [1898-1977] de *La tienda de muñecos* (1927) comienza una de las líneas más ricas de la narrativa fantástica venezolana, no sería justo ignorar los aportes previos de JOSÉ RAFAEL POCATERRA [1889-1955] en sus *Cuentos grotescos* (1922), donde los personajes obsesionados, el humor casi absurdista, las atmósferas, están siempre a punto de lo fantástico. El cuento aquí incluido, “La ciudad muerta”, tiene además una intuición preciosa para nosotros: la del “tremendo pavor de las cosas en la soledad, a

pleno día, a plena luz”: es decir, la posibilidad de una literatura de terror bajo el sol del trópico.

ARTURO USLAR PIETRI [1906-2001] introduce una línea de particular importancia con su cuento “El ensalmo”, de *Barrabás y otros relatos* (1928): lo que el cubano Alejo Carpentier llamará, veintiún años después “real-maravilloso americano”. Pero ese real-maravilloso ya estaba ahí, presente aunque no teorizado (y casi llega a estar en *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, en 1929, pese a su racionalismo de maestro de escuela), reapareciendo con frecuencia en la narrativa de Uslar (verlo en *Las lanzas coloradas*, de 1931, y en varios cuentos) y culminando en *Cubagua* (1931), novela de Enrique Bernardo Núñez [1895-1964] aún no superada en ese aspecto. Los textos de ALFREDO ARMAS ALFONZO [1921-1990], de quien se incluyen aquí tres muy breves pertenecientes al libro *El osario de Dios* (1969), son un aprovechamiento en mosaico de la misma fuente real-maravillosa.

El terror psicológico de ANDRÉS MARIÑO-PALACIO [1927-1965] en “Abigaíl Pulgar” (de *El límite del bastío*, 1946) podría considerarse un desarrollo de alguna obsesión de Pocaterra. Toda otra serie de autores, no incluidos aquí, cabría citar por haberse acercado a lo fantástico en algún momento, a lo largo de los cuarenta, los cincuenta y los sesenta (el más destacable: Pedro Berroeta).

Pero la narrativa fantástica venezolana se realiza y se expande en los setenta: apocalipsis caraqueños de PASCUAL ESTRADA AZNAR [1935-2001] como en “Del diario de la batalla de las hordas desnudas” (*Rostro desvanecido memoria*, 1973); desdoblamiento por el tiempo de BEN AMÍ FISHMAN [1949] en un cuento que da título a su libro, *Mi nombre Rufo Galo* (1973); vértigo lúdico de GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN [1950] a partir de su libro inicial, *Los dientes de Raquel* (1973), del que presentamos dos textos; una fantasía borgiana como la de “Había una vez un tigre” (*El Llanero Solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes*, 1975), pero enraizada en el

suelo nutriente del amor, que es el que interesa siempre a FRANCISCO MASSIANI [1944-2019]; las metamorfosis alucinantes propias a EDNODIO QUINTERO [1947], apenas una de tantas en este “Álbum familiar” (*El agresor cotidiano*, 1978); la escritura como semilla del terror en “Los dedos de la muerte” (*A la muerte le gusta jugar a los espejos*, 1978), de EARLE HERRERA SILVA [1949-2021]; y, finalmente, las trampas del tiempo en un paisaje deltano: “El sustituto” (*Pieles de leopardo*, 1978), de HUMBERTO MATA [1949-2017].

Con lo que, cerrada la antología “real”, se abre el campo de todos sus dobles “posibles”.

JULIO MIRANDA  
CARACAS, 1980

## JOSÉ RAFAEL POCATERRA

[Valencia, 1889-Montreal, 1955]

Político y escritor del género realista, destacado como uno de los maestros del cuento venezolano en el siglo xx. Ávido escritor de cuentos, novelas y crónicas de carga crítica sustancial. Su narrativa presenta una realidad política y social cruda, en oposición al lenguaje poético, siendo *Memorias de un venezolano de la decadencia* una de sus críticas más severas y brillantes. El cuento de la presente antología provino de: *Cuentos grotescos*, 1922.

# LA CIUDAD MUERTA

## I

De sobremesa hablábamos de aparecidos. Cada quien refirió algo misterioso, horrible o sencillamente espantoso. Las mujeres a ratos se estremecían dirigiendo miradas medrosas hacia las puertas que se abrían sobre alcobas oscuras. Una campana distante doblaba las nueve. En la casa persistía esa atmósfera especial, ese no sé qué de misterioso que parece flotar en las moradas de donde recientemente ha salido un cadáver.

Y la hora, y los trajes negros de Beatriz y Olimpia y la impresión causada por las distintas narraciones preparaban nuestro ánimo para las leyendas macabras en parajes solitarios, en el cauce seco de quebradas o por llanuras llenas de luna o al golpe de media noche en el pavor de esos “muertos” urbanos, domésticos, que se mecen invisibles en las mecedoras, pasan como leves sombras envueltas en sábanas hacia las habitaciones interiores, vierten jofainas de un agua absurda en los patios o silban o echan a rodar la vajilla de los aparadores sin que un solo objeto se mueva de su sitio.

—¡Lo que es Beatriz no me dejará dormir esta noche! —comentó medrosamente Olimpia.

—¡Es pavoroso! —repuso la menor, siguiendo el recuerdo de la última anécdota, y aproximando el asiento a su hermana.

Yo había guardado silencio. Pero con ese placer morboso que tienen las mujeres de sentir el miedo, comunicarlo, gozarlo, saborearlo, mejor dicho, las dos muchachas a la vez exclamaron:

—¿Y a usted? ¿A usted?

—A mí...

Luis y José Antonio habían referido ya cosas espeluznantes y también insistieron, pero con el temor pueril de que una narración extraordinaria anulara el efecto causado por las respectivas leyendas que ellos, como es costumbre en esta suerte de relaciones, atestiguan citando nombres, datos exactos y bajo “su palabra de honor”.

Respiraron cuando yo insinué tímidamente:

—A mí no me ha ocurrido nada en ese sentido. Nunca de noche ni a ninguna hora vi espectros o sufrí alucinaciones con personas conocidas, ni simples fenómenos telepáticos que ahora están de moda.

—Deficiencia de percepción; tus nervios no están afinados “para recibir”, para *plasmear*, digamos, las ondas de eso que los ignorantes llaman inexplicable y de lo cual se burlan las gentes superficiales —añadió con alguna pedantería el otro.

—Porque eres materialista, dijo uno.

Las mujeres oían calladas.

—Como quieran ustedes —me limité a responder—, pero ni el aparecido sin cabeza que galopó abrazado del jinete; ni la coincidencia de los dos suicidas en la misma casa y en idénticas circunstancias, ni el fantasma que sujeta por los hombros y exhala una frialdad de hielo o espanta en los caminos o salva a saltos gigantescos las paredes del cementerio, ni ninguno de esos cuentos terroríficos es igual al espantoso, al tremendo pavor de las cosas en la soledad, a pleno día, a plena luz...

Los hombres sonrieron. Olimpia y Beatriz, dirigiendo a todos lados la mirada asustada, aproximaron a mí sus butacas. Dudaban, pero no obstante preveía algo terrible su sensibilidad de mujeres, en

la cual para decirlo con la frase enfática de ellos, “plasmaba” mejor la horrible simplicidad de mi relato.

—¿Al mediodía? —observó Beatriz mirando hacia la obscuridad—, es imposible sentir temor a muertos... Sin embargo... —añadió pensativa.

—Sin embargo... —dije a mi vez— yo he creído morir de terror un día, a toda luz, en el corazón de una ciudad de más de treinta mil habitantes donde todo me era familiar y conocido.

Los hombres protestaron:

—¡Es inadmisibile!

—¡Es absurdo!

Beatriz meneó la cabeza siempre pensativa, con un resto de duda. Olimpia rogó vivamente:

—¡Por Dios! ¡Cuente usted, cuéntenos!

Apoiado en un mueble, Luis fumaba indiferentemente. José Antonio sonreía incrédulo. Las muchachas se habían acercado más aún y los ojos grises de Olimpia y las azoradas pupilas de Beatriz se clavaban en mí, brillantes de impaciencia, con una curiosidad que iba en aumento.

## II

Hace algunos años, como ustedes saben, era yo empleado de Núñez, Sampayo y Compañía. Viajaba con mis muestrarios, recorriendo hasta tres veces al año los Estados del Centro, y en verano hacía mi gira comercial por Acarigua y Ospino, llano adentro. Durante aquella estación, poco después de la última campaña, habíame internado mucho más al sur que de costumbre; debía hacerme pagar, examinar algunas quiebras, restablecer relaciones, en fin, ese

frecuente luchar del crédito y del trabajo contra el perpetuo desorden nuestro. La guerra había devastado los campos y arruinado el incipiente comercio. Las ventas eran malas, los cobros peores; persistían aún el malestar y el temor. Jornadas enteras de marcha monótona sin hallar, en los ranchos abandonados, ni comida para mí ni pasto para las bestias. Una desolación profunda acentuaba más la solitaria naturaleza de aquellas regiones donde el verano, con su sol como plomo derretido, aplasta el paisaje, cristaliza los guijarros, la tierra rojiza, o las lluvias torrenciales forman pantanos inmensos, pegajosos, fétidos, que inutilizan las bestias y atascan las carretas, y que más tarde, en la sequía, son terrenales cribados de huellas profundas, barro endurecido y desigual que despega las cabalgaduras y les ensangrienta las patas.

Aquel verano era de los peores. El sol fustigaba como látigo desde un cielo claro, azul, metálico. Solo la perspectiva de sabanas amarillentas donde culebrea el camino carretero, irregular, a trechos cruzado de veredas desconocidas, a ratos perdido en las montañuelas al paso de los cañadones en cuya barranca se pierde la huella de la carretera. De jornada en jornada, un apeadero miserable, donde beber un agua fangosa, un rancho cuyos habitantes hábiles habían dejado a la anciana casi inválida junto a las topias del fogón, al niño palúdico, barrigudo y deforme, al cerdo escuálido que gruñía, hozando las gredas del bahareque y que no mereciera ni la codicia de las tropas. A veces, en el fondo del rancho, el semblante cadavérico de un enfermo envuelto en ropas astrosas, inmóvil entre el chinchorro deshilachado, o el indio mocetón, derrengado sobre el quicio, los pies hinchados y dos enormes úlceras en las piernas desnudas, llenas de grumos, de lentas supuraciones bajo el vuelo de las moscas...

Pero aquel día, ni eso hallé. Había dejado atrás al peón con mis cargas para que se me reuniera dos o tres días después, no queriendo perder la ocasión de efectuar un cobro de consideración personalmente, y marchaba desde la tarde anterior. Ya, por la sombra, que

era apenas una pequeña mancha escondida entre las patas de la muía debía ser mediodía. Ni una pestaña junto a un ribazo, bajo unos crujíos. Un descampado. Y resolví seguir adelante, por un camino agrietado, duro, que casi cegaba al reflejo del sol. Bajé luego, gradualmente y marché mucho rato por el lecho de un torrente, calcinado, como pavimentado por grandes losas triangulares.

A ratos, una nube ponía su tregua de toldana, pasaba una ráfaga cálida, y más allá detrás de la zona ensombrecida, el sol recrudecía su fuego a todo el hemisiclo del horizonte.

Ni un sorbo de agua, ni un trago de aguardiente, ni nada... O me habían engañado en el último albergue o estaba perdido. Indudablemente pasara de largo, dejando a un lado las poblaciones e iba a través de las inmensas sabanas por un antiguo camino de ganados.

Y así por largas horas de un mediodía que me parecía inacabable, torturado por el anhelo terrible de llegar; por la sed que reseca la garganta. Como única visión de humedad, el sudor de la muía, despeada, con los ijares temblorosos, afirmándose trabajosamente sobre sus patas lastimadas, animada a latigazos que cada vez parecía sentir menos y que de un momento a otro caería, para no levantarse más, en aquella carretera infinita. Comencé entonces a sentir la desolación, el terrible abandono de los desiertos...

A ratos me enderezaba alegremente en la silla, estimulaba a la bestia que parecía estimulada también por la ilusión de un techo, allá lejos, y trotaba y trotaba hasta que la sombra mentirosa de una palmera o el engaño de una nubecilla defraudaban nuestras esperanzas; y cuando aquella ilusión desvanecíase y otra sabana tan árida y tan amarillenta se extendía inacabablemente, mi desfallecimiento era mayor e ideas locas me asaltaban: echarme allí, al sol, aun lado del camino, para morir o para esperar la tarde, el fresco de la noche y continuar la marcha a riesgo de perderme en la oscuridad. ¡Pero la sed! La espantosa garra de la sed, esa obsesión del agua cristalina

corriendo entre verdes cañaverales, esa ilusión tenaz de las múcuras, trasudando frescura, perladas de gotas brillantes o de jarros de cristal que empaña el hielo flotante, en grandes trozos que reflejaban el iris...

Con un esfuerzo de voluntad, todavía, alcé las riendas para castigar el pobre animal que marchaba, cabeceando, tropezando, con el hocico casi pegado a la tierra.

De pronto dobló las rodillas y cayó. Bajo el azote colérico volvió a erguirse y continuó lentamente, resoplando, caídas las orejas. El sol arrojaba, despiadado, olas de fuego. Los estribos quemábanme las suelas: cada hebilla del correaje fulguraba como una brasa. El sudor del animal caía en gruesas gotas sobre el terreno que ahora era cálido, polvoriento. El pobre bruto marchaba con el cuello doblegado y las narices dilatadas, aspirando una atmósfera de horno. Mi cerebro congestionado hacía me pensar vertiginosamente incoherencias; ideas febriles e insensatas de una lucidez extraordinaria... Muchas veces tropezó la muía doblando los corvejones, para alzarse a mis gritos, bajo el castigo de las riendas, temblando de dolor y de cansancio.

Descendíamos de nuevo a un repliegue del terreno que iba ascendiendo luego hasta una meseta cuyos hierbajos, recortados sobre el cielo, parecían una salida de la sabana hacia la selva. Respiré: allí habría árboles, alguna vegetación, sombra, en fin; e imaginaba un fresco manantial de agua muy fría que bajaba alegremente de un matorral muy verde.

Pero de lo alto de esa meseta o *pretil* —como le llaman— solo se extendió a mi vista, hasta el horizonte, una llanura amarillenta, por donde serpeaba, rojizo, el trazo de la carretera. Nubes cercanas diríase que colgaban del cielo, blancas y abollonadas como ropas tendidas a secar. Y el cielo, al fondo, curvábese sobre un horizonte implacable, azul, lleno de luz...

Una cólera loca me entró en el alma, y con toda la fuerza que aún me restaba, queriendo cruzar como un relámpago por aquella sabana, hundía las espuelas en la muía desesperadamente, que en

un último esfuerzo se fue de manos y cayó. Apenas tuve tiempo de sacar los pies del estribo y alzarme, lleno de polvo, de odio y de sudor. Desde mi estatura, parecióme estar todavía más lejos, más empequeñecido en la vasta llanura. La pobre bestia obstinadamente quedóse caída, con el vientre palpitante y las nances enrojecidas, tendida a lo largó. Sus ojos simples, diríase que imploraban al cielo, a la naturaleza terrible, una tregua final. Allí la dejé y resueltamente eché a andar. Y cada vez quedaba más lejos, empequeñecida, hasta que no fue sino un punto obscuro, semi oculto, en la vuelta del sendero.

Comprendí entonces la verdadera desesperación. Y como loco increpaba al cielo y a la tierra, a los comisarios mayores, al idiota de Noé con su arca, a Dios y al Jefe Civil ¡qué caminos!, ¡qué disparate de Creación!, ¡hacer un diluvio teatral de cuarenta días para comportarse luego ridículamente con algunos como cualquier hacendado temerario con la acequia de riego!, ¡valía la pena ser rey de una Creación estúpida donde algunos hombres mueren de sed, como besugos saltando en la arena!... ¡En qué país vivía!, ¡un camino público y ni un caminante, ni una recua, ni siquiera un vagabundo con un trabuco! ¡Estaba perdido, perdido!, era inútil caminar más.

Y, sin embargo, una energía salvaje sosteníame, me empujaba, casi ahogado de fatiga, ardido por la sed, con las manos echadas hacia adelante, hundiéndome en la tierra caliente, en los cascajales, sin querer mirar atrás, con los ojos inflamados, enloquecido, delirante...

¿Cuánto caminé así? No podría decirlo, no lo supe nunca; recuerdo vagamente que caí varias veces, de bruces, alzándome aporreado, con grandes costras de tierra pegadas a la cara por el sudor, que anduve a gatas y que con un esfuerzo final, rodé por una pendiente arenosa hasta caer, con el rostro casi hundido en el agua de una quebrada clarísima, fresca, que corría cantando por entre la greda oscura de los barrancos... Hundí el rostro, las manos, el

pecho; bebía insaciable, dando bufidos de satisfacción como un animal en el abrevadero, jugando y chapoteando en el agua...

Después advertí, al otro lado, una cerca. Y lleno de vigor, de la profunda alegría humana que causa la presencia del hombre en el hombre, salté el vallado y caminé algunas cuadras por un terreno labrantío con plátanos, auyamas, frutos menores. En el centro se alzaba un rancho, pero estaba deshabitado; se advertían los pobres útiles del labriego. Llamé a gritos, nadie respondió.

Caminé por un camino ancho, trillado, que parecía llevar al pueblo. La luz meridiana caía sobre el sendero, a través de las hojas inmóviles, de un verde metálico, desde los árboles altísimos que recortaban sus copas sobre un cielo de verano, crudo y azul.

Nadie en el camino, Nadie en las primeras casas de la población.

A la puerta de una pulpería llamé; no me contestaron; resolví entrar. Todo estaba en orden: los litros conteniendo el aguardiente de diversos colores, el rollo de tabaco de mascar con su cuchillo al lado, sucio y obscuro, las botellas de caratillo tapadas con unas hojas de limón, el frasco bocón del guarapo, la batea del adobo, todo como si se hubiese interrumpido de pronto el “despacho”, pero ni un alma, y lo que es más extraño aún, ni una mosca.

Admirado, seguí adelante; llamé a algunas puertas... ¡Nada! Un gran silencio. Ni una persona, ni un animal; ni un ser vivo en las calles. Las puertas y las ventanas abiertas dejaban ver interiores habitados como si los moradores acabasen de salir. ¿Se trataba, pues, de una huida en masa, de un pánico que había hecho escapar al pueblo entero? No había rastro de tal cosa, ni aspecto de fuga y desorden...

Como bajo una alucinación recorrí la ciudad toda; entré a las iglesias, a los comercios, a las casas particulares yendo hasta los solares, resuelto a dar con alguien, a encontrar algún ser —hombre o bestia—, poseído de una extraña inquietud, de una congoja que ya empezaba a invadirme...

Pero en ninguna parte, ni en los templos, ni en las oficinas, ni en las alcobas, hallé un alma... Y todo, sin embargo, hacía constar la reciente presencia de las personas... El orden de las sillas en algunas casas, como de una tertulia de familia, las mesas listas para servirse en todos los comedores. Había casas pobres, casucos, con sus humildes enseres dispuestos, la olla sobre el fogón, el fuego, los taburetes en derredor del banco de la cocina; y había oficinas públicas con su aspecto ordinario y los papeles de trabajo sobre las carpetas, y casas de gente acomodada que desde la sala hasta el baño tenían el aspecto de haber salido de ellas sus habitantes minutos antes, con todos los muebles en su sitio y los lechos tendidos y cada objeto usual en el lugar que le correspondía desde los peines hasta las pantuflas. Era extravagante aquello, de una extravagancia que daba miedo.

Corrí entonces, como loco, hacia la salida del pueblo, con la esperanza de advertir la huella de los habitantes que habrían abandonado el lugar quizás bajo cuál peligro que yo mismo ignoraba y que me infundía, al pensarlo, una idea sorda de amenaza, de infinita desolación.

Pero otra vez la llanura árida se extendió a mi vista.

Desde el sitio alto en que estaba, veía el pueblo desierto entre dos desiertos...

Y ya horrorizado, alucinado, corrí otra vez al poblado, me detuve en el altozano de la iglesia y lancé un grito horrible, de socorro, de locura, de desesperación, en la plaza desierta.

Fue un gran grito de horror que repercutió por las calles, desiertas como bajo una maldición de peste, a la claridad meridiana, en la más terrible de las soledades.

Luego no sé lo que pasó... Creo que caminé a tontas y a locas por algunas calles, que entré a algunas casas, que al fin un miedo cerval, un espanto tremendo me hizo caer, de bruces, en el corredor de un caserón que parecía ser la posada y donde estaban los manteles puestos, las habitaciones preparadas en espera de alguno... y

la soledad horrible de todo aquello que fue habitado... Hasta los pesebres estaban colmados de pasto; pero ni rastros de bestias. En los solares, las carretas con los timones al aire, parecían pedir misericordia en aquel espantable abandono de una población habitada donde no había habitantes.

Paseé una mirada de extravío a mi alrededor, y entonces, viendo todo bajo la inaudita claridad, “mirando” aquella soledad que no es la de la selva llena de vegetaciones vivas ni la de la montaña cercana a las estrellas, ni la de la obscuridad poblada de rumores o sombras o cosas espantosas pero que se agitan y parecen vivir, sino la soledad del ser entre los seres, entre la pavorosa inmovilidad de las cosas que revelan el movimiento, rodeado de los objetos que denuncian la existencia del hombre y donde no hallamos el hombre a plena luz meridiana, en el centro de una ciudad que “estaba viviendo”, enloquecí de miedo y perdí el sentido.

### III

Inquietos, los dos hombres se habían acercado a mí. Olimpia y Beatriz con los ojos enormes de espanto, se apretaban una a la otra. La menor, con un tic nervioso, pasábase una mano temblorosa por los cabellos. Con una ansiedad irrefrenable quería saber el final de aquella horrible historia de miedo sobrenatural a plena luz...

—Nada —concluí—, lo más sencillo: habíanme recogido en el camino unos arrieros, desmayado de sed, junto al cauce seco de una quebrada, ardido por la fiebre de una insolación que a poco evita que les cuente esta modesta historia... Mi imaginación calenturienta soñó cuanto acabo de referirles. Decididamente. No creo en lo *sobrenatural* sino en lo natural *desnaturalizado* por enfermos o por supersticiosos.

Mohínas, defraudadas en su ilusión de una historia extraordinaria, ellas y sus amigos guardaron silencio. Pero Beatriz, sin poder contenerse, exclamó:

—Sí, tiene usted razón; eso es horrible, pero allí no intervienen los muertos.

—Se equivoca usted o no ha oído bien: todo ese delirio pavoroso es obra de una muerta...

—¡De una muerta!

Y todos interrogaron vivamente:

—¿Y quién es la muerta?

—La mula, señores míos.

Y nos echamos a reír porque toda cosa verdaderamente trágica termina con una estupidez desairada.

La víctima de un asesinato bellísimo con mala ropa interior, una mujer que en un hermoso raptó de celos se le pone la nariz como un tomate y se destiñe... O lo más espantoso que vi ahora en años: en una admirable escena de hospital, la pierna seccionada estaba bajo la mesa operatoria en una vasija de agua fenicada, con su media puesta; y la media era blanca, de algodón, con rayitas...

## JULIO GARMENDIA

[El Tocuyo (Lara), 1898-Caracas, 1977]

Diplomático, periodista y escritor precursor de la ciencia ficción y la literatura fantástica latinoamericana. Su obra se caracteriza por una propuesta vanguardista llena de humor, bastante alejada del criollismo y realismo predominantes de su época. Ganador del Premio Nacional de Literatura en 1974. El cuento de la presente antología fue extraído de: *La tienda de muñecos*, 1927.

# NARRACIÓN DE LAS NUBES

## CAPÍTULO I:

*De cómo fui lanzado sin consulta a las Nubes  
en persecución de unas enaguas*

El origen de mi rápido viaje al país de las Nubes es completamente fortuito. Nada más ajeno a mi voluntad que esta momentánea elevación de mi persona para luego descender nuevamente.

Confieso, pues, no sin rubor, que este viaje, como tantos otros, solo se debe a que un día vi unas hermosas enaguas que subían majestuosamente en el aire a pesar de los esfuerzos que su dueña hacía por retenerlas en la tierra. Fui siempre muy sensible a la vista de enaguas en los ajíes, y apenas veo unas en la atmósfera tengo la costumbre de acudir en auxilio y prestar gratuitamente mis socorros. Me lancé aquel día, sombrero en mano, para atraparlas como si fueran simples mariposas, y fui yo mismo arrebatado por el torbellino que provocaba estos estragos y empujado por el viento hacia las Nubes. De este modo salí de la existencia terrestre y fui lanzado sin consulta a las peligrosas aventuras del espacio. Las enaguas estaban ahora infladas por el aire y se me acercaron contoneándose con gracia. Su desenvoltura en semejantes circunstancias me reconfortó singularmente. Por su conducto recibí lecciones de energía. Las tomé en mis manos y les prodigué mil caricias.

“¡Ah! —exclamé—, ¡qué gran daño os hace el viento al separaros de vuestra dueña!”.

“¡De ninguna manera! —exclamaron—. El viento, que suele levantar los techos, es incapaz de levantarnos a nosotras, enaguas, sin nuestro previo asentimiento. ¡Estábamos ansiosas de respirar aire puro!”.

Momentos después se deslizaron de entre mis manos, con habilidad seguramente aprendida de su reciente posesora. Las vi ondular en el aire hasta caer, y supongo que no tardaron en persuadirse de su error y de cómo el género de vida que habían abandonado era, sin embargo, uno de los más dichosos y envidiables que pueden darse sobre la faz de la tierra.

## CAPÍTULO II:

*De la Conquista de las Nubes y de la  
destrucción de un grande y poderoso  
Imperio por las corrientes de aire*

Apenas tocaban el suelo las enaguas, que yo, por mi parte, tocaba la región donde se encuentran las primeras nubecillas; e ignoro si me hallaba aún sometido a su influencia estimulante o si era presa del vértigo de las alturas. Es lo cierto que no bien logré poner el pie en las Nubes, empecé a subir con ardor increíble y una fuerza incontrastable. ¡Me animaba la pasión de ascender! Me deslicé por angostos desfiladeros, al borde de espantosos precipicios. Vencí cuanto se oponía como obstáculo a mi paso. Nada pudo evitar mi ascenso y hollé la cúspide de las Nubes, a las cuales me dirigía en esta forma:

“¡Oh, Nubes! He aquí que me he puesto heroicamente a la cabeza de todas vosotras...” Cuando he aquí también que, a un soplo de viento inesperado, la inmensa montaña comenzó inopinadamente

a desgajarse y la nube más alta de todas (aquella desde donde yo arengaba a las demás) huyó conmigo en la dirección que el viento le marcaba...

### CAPÍTULO III:

*De cómo por una cuestión de fronteras  
se desata la guerra en las Nubes*

Oí resonar grandes truenos. Los estampidos se sucedían con violencia al través de las Nubes encendidas por cárdenos fulgores.

Aturdido, apenas podía darme cuenta de cómo manaba la sangre de las Nubes, en forma de lluvia. En aquella escena de muerte comprendí todo el horror de la guerra, y la ruina y la desolación que traen consigo los odios despiadados. Tocadas por el rayo, las Nubes lanzaban rugidos atronadores, tambaleábanse un instante, y se inclinaban... La guerra las tragaba sin piedad en su vorágine; y yo, pobre víctima de las calamidades, también estuve a punto de perecer, aunque nada me iba ni me venía en la contienda de que era testigo y en la cual parece ser que se zanjaba una enconada cuestión de límites entre unas y otras Nubes, que infladas estas últimas por un aire favorable habían invadido los dominios de aquéllas, en contra de los usos establecidos desde antaño. Pero mi vida estaba en riesgo. Hice acto de contrición y se me anegaron en lágrimas los ojos al recuerdo de mis innumerables pecados. Imploré a Dios que me perdonara el deseo de bienes temporales (en gracia a que estaba en las Nubes) que momentos antes había concebido. Asimismo le rogué que me dispensara, en vista de la flaca naturaleza humana, los pensamientos de otra índole que hubieran podido inspirarme las enaguas. Abrigaba el propósito de no pecar más en la vida (caso que pudiera seguir viviendo) ni apartarme otra vez de la conducta que nos hace agradables a los ojos divinos; y sin duda hubiera

cumplido estos propósitos con entera fidelidad y rectitud, si extraños acontecimientos ulteriores no me hubieran puesto en presencia de tentaciones verdaderamente irresistibles para aquella misma flaca naturaleza humana de que ya antes he hablado.

#### CAPÍTULO IV:

*De cómo perdí el mayor bien  
que puede concedernos la Fortuna*

No solo me fueron perdonadas mis iniquidades, sino que me fue dado conocer la misericordia celeste en su máximo esplendor. No puedo atribuir a otra causa el hecho que presencié en seguida, cuando, en tanto que el tiempo se calmaba rápidamente y que yo daba gracias a Dios por los beneficios derramados sobre mi cabeza durante la lluvia, la Nube, siempre cambiante, dibujó los contornos de una mujer que andaba con levedad (aunque iba ciega) y en quien inmediatamente reconocí sin trabajo la atrayente hermosura de la diosa Fortuna.

Fue sonrosándose, iluminada por un rayo de sol (que reaparecía después de la tormenta) y de ella fueron víctimas al punto mis mejores ideas de enmienda. Me eché a sus pies y me puse a contemplar sus formas con deleite. ¿A dónde me conducía? Pensé que me llevaba hacia algún paraje oculto, solo de ella conocido, detrás de algún denso nubarrón, y que allí se proponía concederme el mayor bien que puede concedernos la Fortuna.

Tuve deseos sacrílegos, lo confieso con vergüenza. Ambicioné con locura los dones más preciados de la diosa y la estreché entre mis brazos en un instante de turbación. Olvidaba por mi mal que era de substancia etérea. En aquel brusco movimiento se le desprendieron las ligeras vestiduras, y al retirar mis brazos de su cuerpo la vi desvanecerse y desaparecer como un sueño...

## CAPÍTULO V:

*De cómo, al subir por una escalera, abarqué  
el panorama del vasto mundo vaporoso y,  
ya sin fortuna, no tuve inconveniente en  
persuadirme de la vaporosidad de todo  
en las Nubes*

No vacilé en subir por una escalera de tenues nubecillas que descubrí entre los restos de la Fortuna; y a medida que lo hacía iba descubriendo un vasto panorama que abarcaba el conjunto de los países que demoran en las Nubes. Desde allí vi cuán variadas nieblas pueblan esos grandes espacios y cómo aquéllas por entre las cuales había pasado solo constituyen pequeñas porciones de un mundo sin límites visibles. Allí sucedense numerosas variaciones, ocurren catástrofes insignes. Todo se agita con movimiento incomprensible, nada subsiste de ningún hecho grande o pequeño, y una vez que las cosas suceden es casi como si no hubieran sucedido. En el vasto mundo de las Nubes el soplo del viento pasajero modifica incesantemente el curso de los acontecimientos mas graves. Llegando a lo más alto de la escalera, entreví en el horizonte lejano, a una luz dorada, las apariencias de una ciudad hacia donde se dirigían todas las Nubes. Hacia ella iba también yo, empujado por la brisa bonancible. Atrás quedaban los sombríos guiñapos, restos de recientes desastres, jirones de luchas desgarradoras.

Todo un mundo poblado de imágenes apesadumbradas o descomunales cedía el sitio a aquel nuevo mundo poblado de sonrientes apariciones llenas de dulzura, de esperanza y de gracia. Según mis cálculos, fundados en la velocidad del viento y en la distancia, no tardaría mucho en llegar. Allí proponíame ya pasar el resto de mis días, en el olvido de viejos infortunios y al resguardo de otros contratiempos, dichoso en mi país de blancas Nubes: pronto hube de observar que la misma ráfaga que me llevaba en dirección de ella

iba a la vez alejándose delante de mí, y no precisamente a igual velocidad, sino con mucha mayor rapidez, puesto que ella era de sustancia brumosa en toda su inmensa construcción, en tanto que mi poco volumen era hecho de pesados materiales...

#### CAPÍTULO VI:

*De cómo nací otra vez en las Nubes,  
y de cómo vine nuevamente a la Tierra  
porque, estando recién nacido, había  
perdido el uso de la razón*

Me senté a llorar mi dolor. Los codos apoyados en las rodillas y la cabeza colocada entre las manos, me abismé profundamente en la meditación de mi infortunio. Ignoro si esta posición determinó el fenómeno que paso a describir (término de mi estada en los aires), pero es lo cierto que cuando pasados algunos instantes quise levantarme para continuar mi camino al través de las nieblas, observé con angustia que me hallaba sumido en el vientre de una Nube que avanzaba lentamente. Sin atreverme a producir el menor movimiento, dada la delicada situación en que me veía, me di a mil reflexiones acerca de esta sorpresa que me deparaba la suerte.

Volvería a nacer y vería por segunda vez la luz, tendría parentela en las Nubes y, cuando quisiera, me sería posible producir truenos terribles para distraer agradablemente mis ocios. Aquél fue uno de los momentos de mayor expectativa que he conocido en mi vida.

Me aguijoneaba el deseo de ver las condiciones de existencia en que sería echado al mundo. “Apenas nacido —decíame a mí mismo poniéndome un dedo sobre los labios— descubriré al primer golpe de vista la alcurnia de mi nacimiento y la posición social de mis nuevos progenitores”. En efecto, vine por segunda vez al mundo aquel mismo día. Por desgracia, al nacer había perdido toda curiosidad por averiguar la condición de mi cuna y la calidad de mis padres, así

como el dinero de que pudieran disponer. Hallándome recién nacido, ignoraba la importancia de estas cosas. También, por la misma causa, me hallaba privado de todo asomo de reflexión, experiencia y cordura, a tal extremo que me dejé arrastrar por una corriente de aire que me trajo de nuevo a la Tierra, donde actualmente estoy y donde he compuesto esta historia.

## ARTURO USLAR PIETRI

[Caracas, 1906-2001]

Periodista, productor de televisión, filósofo, político e intelectual. Considerado uno de los escritores latinoamericanos más importantes del siglo xx. Propulsor la cuentística venezolana e introductor del término «realismo mágico» al movimiento literario americano. Su novela *Las lanzas coloradas* abrió la puerta para el reconocimiento de la novela latinoamericana. Reconocido en la televisión por su programa *Valores Humanos*, donde, así como en sus artículos periodísticos, mostraba su preocupación sobre la cultura y situación política del país. El cuento seleccionado para esta antología proviene del libro: *Barrabás y otros relatos*, 1928.

## EL ENSALMO

En las montañas azulosas la indiada sabe cosas hondas y terribles. Sabe que Paraima escupió la tempestad, y que el jaguar tiene los ojos malignos porque ha bebido los fuegos fatuos.

Pero el hombre blanco nunca ha querido creer en estas cosas. El hombre blanco siempre ha sido la bestia rubia y el indio es moreno como el terrón.

Güira era apenas un pueblo de cuatro ranchos, amparado por el aletazo de los grandes árboles, a media cuadra de la boca del filón y a veinte jomadas de la población más próxima.

Cuando Pedrito López llegó, estaba lleno de las cosas de la ciudad, se pulía las uñas, olía a agua de colonia y amanecía con tortícolis a causa de la curva del chinchorro.

Simeón Lomaña, el capataz, se lo dijo: “Mire Pedro, aquí se viene a pegarse muy duro, a sacar oro y a jugarse el pellejo. Con que déjese de esas cosas y a hombrearse, mi amigo”. Se echó a reír: como si los hombres lo fueran por echar escupitajos y decir palabrotas.

El primer día que bajó a la mina salió ahogándose: “¡Uf! Qué calor. Esto es para burros”. Pero adentro estaba la veta amarilla que sonreía con una risa asiática en la cueva negra.

Se ocupó poco de aquello. Así fue que a los seis meses apenas tenía libra y media de oro, envuelta en papel embreado, pisado bajo la tierra húmeda del rancho.

Cuando salía, por la mañana, encontraba a la puerta la fila de indios unánimes y sumisos, con la piel de aceituna y el cabello anémico.

—¡Pila de flojos, a trabajar! ¿Qué esperan?

—Aquí. Esperando tú te levantarás.

Y Juan Luis, el más viejo, el que hacía cabeza, asentía con los ojos mansos:

—Sí. Aquí, esperando pa cuidar al doctorcito.

En el tuétano de las palabras iba la burla. Agarró el cofa de gallo y los dispersó a planazos.

Simeón se lo volvió a decir: “Déjate de cosas. Tú no sabes lo que son estos indios”. Le refirió historias extravagantes: el general Olañeta, un bárbaro, fuerte, valiente, un día medio mató a un indio porque tenía fiebre y no podía bajar al túnel. Por la noche en el campamento, hablando con todos, dio un salto brusco y cayó al suelo muerto: le había dado “la patada”.

Después, aquel *Mister* que llegó con un casco de corcho, mosquitero y Kodak, comprando mariposas y bichas, y que en una mala hora se puso a cortar la mata de eucalipto, que había sembrado Juan Luis para hacer cocimientos, muriendo picado por la cuaima. La cuaima que se viene atraída por el ruido del machete sobre el árbol.

Pero Pedrito López era escéptico. Estaba eso de moda en Caracas cuando él salió.

Una tarde sintió un malestar. Dolor en los huesos y un calofrío sordo.

“Ese es paludismo, doctorcito. Báñese en la laguna”. Le aconsejó Juan Luis.

Si aquél era el remedio no se lo haría nunca, qué asco. En aquella charca muerta cuajada de flores de agua, clavada de juncos tísicos, en cuya orilla había siempre una garza extática sobre un solo pie como un árbol de sal. En la laguna, nunca. Para eso había traído bastante agua de colonia.

A los dos días deliraba sobre el moriche crujiente cosas absurdas.  
—¿Dónde está el oro? ¿Dónde está? Porque alguien lo ha cogido...  
Se lo llevaron. Se lo robaron. ¡Ajá! Fuiste tú, ladrón, indio del demonio. Espera.

Los hombres tenían que sujetarlo reciamente sobre el chinchorro porque no se saliese.

—¿Dónde me pusieron el revólver?

Ya anocheciendo entró Juan Luis mascando hojas y escupiendo verde.

—Ahora lo vamos a curar.

Él lo vio en el fondo, agazapado, como un bicho malo, inminente, horrible.

—¡Caray! ¿No le vas a ir?

Afuera se desgranaba el cielo en grandes goterones densos.

Se levantó, hurgó en la pared y apretó en la mano hirviente la culata de nácar, fría.

El indio saltó, él saltó afuera, detrás.

La lluvia lo golpeaba con su cortina espesa.

Estaba todo muy oscuro y no veía. Apenas si sentía un crujido violento de hojas que iba por delante de él.

Hizo fuego. La detonación fuecó el aire. Arriba fosforeció el cielo instantáneo. Vio claro. Delante iba Juan Luis, desenfrenado, entre los troncos grises.

Era un dúo de estridencias. Arriba el fragor del trueno y abajo el golpetazo metálico del disparo.

—Ah, si lo alcanzase. Maldita sombra. Si lo alcanzase, entonces sí no iban a valerle sus mañas, ni su ciencia estúpida. A ver si tenía ensalmos contra un Smith & Wesson.

Una centella brusca taló un tronco con un mordisco de luz. “Uy, qué horror, me mata”. Estaba cogido por los pies bajo el leño.

Se debatió, pero era imposible salirse.

Apretó el gatillo. Las cápsulas estaban húmedas.

—Juan Luis. ¡Socorro, que me muero!

Oyó claro como una risa cercana. No, no era una risa, más bien parecía un aullido; sí, un aullido. También habían dos ojos que fosforecían. El tigre...

Sentía algo frío que le corría por la cara, no sabía si era el agua de la lluvia o el sudor del miedo.

—¡Juan Luis! ¡Juan Luis!

Un relámpago iluminó de pronto. Allí estaba Juan Luis, cerca de él, sobre el suelo, doblado, con la cabeza entre las manos, mascullando unas palabras incoherentes; y más cerca de él, aún, el jaguar, con el pelo erizado de humedad, las orejas aplastadas y el filetazo blanco de los colmillos entre las fauces negras.

Ya sentía sobre él el aliento tibio y hediondo.

—Juan Luis.

\* \* \*

No hubo modo de retenerlo.

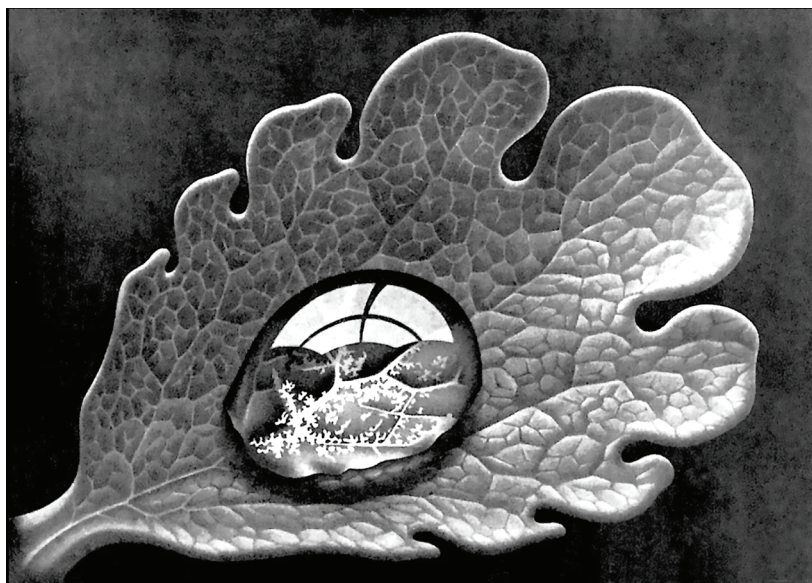
—Pero chico, si ha sido el delirio. La fiebre. ¿No comprendes?

—No. Nada. Es que me voy ya. Dios me libre. ¡Delirio! Y amanecí con la ropa empapada y casi destrozados los pies. Delirio... ¡Nojuegue!

Pedrito López arregló sus cosas. El oro se había perdido.

Cuando cruzo la puerta para salir afuera, donde estaba la mula, Juan Luis, que mascaba sus hojas, sonreía mirándolo, con la sonrisa de sus dientes verdes por la baba verde.

No es que yo ignore que Paraima escupe la tormenta, y qué en el Salto del Venado duermen los muertos, pero estas cosas de la montaña asustan.



*Gota de Rocio, 1923.*

## ANDRÉS MARIÑO PALACIO

[Maracaibo, 1927-1965]

Escritor venezolano de ensayo, cuento y novela. Fundador del grupo literario Contrapunto, dónde buscó renovar el valor literario de la escritura sobre ficción. Autor de crónicas literarias para las revistas *Fantoches*, “papel literario” (*El Nacional*), *Elite* y *El heraldo*. *El límite del hastío* (1946), fue la obra de la cual se extrajo el cuento presentado en esta antología.

# ABIGAÍL PULGAR

## I

Un hombre seco, delgado y alto había sido siempre Abigaíl Pulgar. Sus piernas, de un tamaño extraordinario, llamaban singularmente la atención de todos sus amigos y conocidos. Cuando estuvo en la escuela primaria, sobre su cabeza de pocos cabellos cayeron los más exquisitos sobrenombres de sus condiscípulos.

Una mirada torva y angustiada tenía Abigaíl Pulgar para todos aquellos que le aguijoneaban el alma con sus perversidades.

Ya en la adolescencia, sufrió mucho. Trató de enamorarse como los demás compañeros, y las niñas se burlaban de su figura quijotesca, de sus piernas de un tamaño extraordinario, de su cabeza en que apuntaban tímidos y desaliñados cabellos. Y su rostro —seco, afilado, lanceolado—, no le ayudaba en nada.

La vida íntima de Abigaíl había sido siempre sumamente extravagante. Separado de su familia, se había ido a vivir a un apartamento. Alquiló las dos piezas restantes que no ocupaba, a una señora anciana —de sesenta años—, que trabajaba como cocinera en la casa de un médico. La señora y su nieto, un hermoso bebé de cuatro años, se entendieron perfectamente con el hombre de rostro afilado. Fueron cordiales amigos. Apenas se veían por la tarde, hora en que regresaba la señora Matilde del hogar del médico. A veces,

entraba Abigaíl a saludarla, y con refinada ternura cargaba entre sus brazos las carnes blanda y aterciopeladas del bebé. Gustaba de restregar la piel del niño contra sus mejillas de cuero curtido por el sol, y por las maldades de que había sido víctima en su niñez. Gozaba mucho cuando cargaba entre sus brazos al nietecito de la señora Matilde. Sus manos huesudas recorrían el cuerpo del infante desde la cabecita —aún blanda—, hasta las rosadas llanuras de la planta del pie. Se entretenía en acariciarle las mejillas, en tocarle con un tacto de picaflor las blancas y risueñas orejitas. Le besaba algunas veces con extrema delicadeza en el cuello. Y cuando esto hacía, no podía soportar el rubor que ascendía instantáneamente a la seca máscara de su rostro afilado.

Lo sentaba sobre sus rodillas grotescas, —de grandes huesos, y no podía —como con el rubor—, reprimir un estremecimiento imbécil, al sentir las nalguitas demasiado suaves sobre los huesos. Balanceaba al nene y se quedaba contemplando durante bellos minutos sus ojos, sus labios rojos, sus mejillas, las hermosas orejitas que casi palpitan.

## II

En ocasiones, y por largos períodos, dejaba Abigaíl de visitar a la señora Matilde. Principalmente cuando inició sus amores con Raquel. Esta muchacha vivía en la misma cuadra de la casa de apartamentos. Por coincidencia la había conocido Abigaíl, cuando ella tocó a la puerta de su cuarto equivocadamente, pensando que allí era donde vivía su tía. En realidad, Raquel se había interesado mucho por el tipo de este hombre tan extraño. Le veía pasar siempre debajo de

la ventana: erguido, seco, con su rostro afilado e inmutable. Y se propuso entablar amistad con él por simple curiosidad femenina. Mas, después, llegaron Abigaíl y Raquel a un plano de intimidad relativamente amorosa. No habían cruzado aros, pero ya Abigaíl la visitaba en su hogar que —como ya dijimos— quedaba en la misma cuadra. Y pese a que tenían cinco meses de flirt, Raquel no había logrado saber nada de Abigaíl Pulgar. ¡Qué hombre tan cerrado! Siempre le contaba, cuando conversaban en el sofá, que ella se había interesado mucho por su persona antes de conocerle, y otra gran cantidad de cosas, que solo buscaban confidencias por parte de él. Pero Abigaíl, siempre callaba. Apenas sonreía mostrando unos dientes muy blancos y simétricamente alineados. De repente, cuando hablaban, se inclinaba hacia ella y la besaba fuertemente en la mejilla, como queriendo morderla. Raquel se excitaba mucho y le pellizcaba la muñeca. Entonces Abigaíl pasaba hasta un cuarto de hora sin hablar, y se iba a su casa taciturno y triste.

Una vez, le llevó de regalo un paquete de ostras. Como en la casa de Raquel había un limonar junto al patio, inmediatamente se pusieron a comer, y era de admirar el agudo placer que sentía Abigaíl cuando el cuerpo palpitante y convulso de la ostra pasaba por su lengua, se deslizaba a través de la laringe y entraba en el estómago.

Su máscara afilada se contraía como si le estuvieran haciendo muecas. Los pómulos se le dilataban, agarrotaba las manos y exclamaba: ¡delicioso!, ¡delicioso!, ¡delicioso!

Raquel, para sí, se reía mucho de ese placer que tenía su novio por las ostras y no le hacía caso, hasta el día de su santo en que le sirvió como postre un plato lleno de gelatina y nuevamente Abigaíl adoptó las mismas actitudes de cuando comía las ostras, apretaba los labios, sonreía nerviosamente, comía viendo a todos lados, y al terminar el plato quedó con los ojos muy abiertos y las manos en suspenso. Raquel se intrigó por estos detalles tan raros en Abigaíl, pero no los tomó en cuenta, ¡era tan extraño Abigaíl Pulgar!

### III

Es de noche. Por encima del techo, allá en el cielo, la luna se muestra serenamente. Como una ola gigantesca en la furia del pleamar. Abigaíl Pulgar duerme. Su cuerpo largo, desmesuradamente largo, ocupa toda la cama. Sus piernas de extraordinario desarrollo sobresalen en el bulto de la colcha. El ruido de la calle se ha calmado. Son las doce de la noche. Le late el corazón. Se despierta y agita la lengua entre la boca. Tiene sed. Pero no sed de agua. Es sed de ternuras, de caricias; de algo suave y delicado que le haga mimos y le lleve a dormir sobre un colchón de plumas. Siente todavía en la lengua la suavidad tersa y voluptuosa de las ostras que se comió antes de acostarse. No puede reprimir el intenso deseo que tiene de morder algo suave. Por ejemplo: unos senos de mujer. ¿Cómo serán los senos de Raquel? ¡Qué suavidad! ¡Qué blancura! Como una deliciosa gelatina en forma de copa que comió esta mañana en el “botiquín” de los chinos...

Los labios le tiemblan por un momento. Piensa en Raquel. Le parece que la tiene desnuda delante de sus ojos, y que le hace señas para que venga a comerle los senos. Ahora sonrío, y las mejillas — sus amplias mejillas — se agitan, y sus orejas, sus orejas de lóbulos blancos y deliciosos, se sonrojan. Le palpitan los labios intensamente a Abigaíl Pulgar. Se siente muy solo en la habitación, y la sed le acosa, y no es sed de agua, sino sed de ternuras, de caricias, de algo suave y delicado que le haga mimos...

¡Cuánta ternura necesitan sus largos y absurdos huesos de hombre seco!

Una sonrisa le viene a los labios. Ha pensado en el nené de la señora Matilde. En esta misma hora dormirá, dormirá como un ángel. Y sus labios rojos estarán como una flor de amor, expulsando hacia afuera el aire de sus pulmones, recibiendo un beso invisible de la noche. Y sus orejitas rosadas de lóbulos mínimos y suaves parecerían pétalos de alguna flor exótica... ¡Oh, cómo haría para besar esos lóbulos! Calmaría su sed por horas, por días, por años! ¡Qué placer para sus labios!, y diría luego, como cuando terminó de comerse las ostras: ¡delicioso!, ¡delicioso!, ¡delicioso!

#### IV

No esperó más. Estaba afebrado, medio loco, completamente trastornado, por el ansia de ternuras el pobre de Abigaíl Pulgar. (Quizá no sabía que había amplia luna en el cielo). Salió al recibo en pijamas, con las sienas palpitantes, y se apoderó de unas grandes tijeras que reposaban encima de la mesa... Iba a calmar su sed, iba a conquistar la voluptuosa suavidad de unos lóbulos rosados. Sus rodillas y demás huesos crujieron cuando abrió la puerta del cuarto de la señora Matilde. Entró en punta de pie y se dirigió a la cuna del nené. Pero al verle tan quieto, tan dormido, tan bello, tan hermoso, como un ángel de nieve, le dio un vuelco el corazón y comprendió que no podía mutilar sus rosados lóbulos, sería causarle un dolor inmenso al bello nené. Pero sí le besaría, le besaría mucho, y se inclinó sobre la cuna y besó con pasión las blancas orejitas del nené que dormía.

Se paró en el centro de la habitación. Todavía tenía las tijeras en la mano. Su sed de ternura y de mimos, con el beso al niño dormido, había aumentado. Y avanzó como un fantasma gigantesco hacia el lecho de la señora Matilde. Las tijeras iban abiertas entre

sus dedos, las abría y cerraba, las abría y cerraba a cada momento y su rostro de máscara afilada, pintaba muecas y más muecas, como relámpagos el cielo en los días de tormenta.

## V

La señora Matilde también estaba rendida por el sueño. Pero ¿qué ternura podría darle una anciana de sesenta años? Sin embargo miró sus lóbulos, estaban arrugados, vulgarmente arrugados. Tuvo un instante de feroz ira y abrió las tijeras, disponiéndose a cortar el lóbulo derecho, pero volvió en sí, y sonrió. Se inclinó otra vez y besó tibiamente las orejas de la anciana. Ahora, su sed había crecido. Era una llama intensa. Abrió la puerta del departamento, y salió a la escalera, descendió a la calle y recibió todo el frío de la madrugada en su pecho semidesnudo. Iba directamente a la casa de Raquel. Raquel sí calmaría sus ansias. Con Raquel sí no temblaría, y cortaría los dos frutos de carne blanda, para engullirlos como si fueran ostras y calmar su sed de ternura.

Se detuvo a la puerta, pero no pensó en tocar, y agarrándose de los balaustres de la ventana, comenzó a subir para intentar llegar al techo. Sus manos huesudas avanzaban en el camino que lo separaba de Raquel. Y las tijeras brillaban más aun con los rayos de la luna. Pero, de pronto, escuchó una voz fuerte que le llamaba, no volteó, en su locura no se dio cuenta de que era el policía de punto, este corría hacia la ventana, le gritaba muchas cosas, pero él no oía, solo escuchó un sonido perdido, lejano, zigzagueante, que luego sonó muy cerca y murió demasiado cerca de su cuerpo. Se estremeció como una bandera, apretó más aun las tijeras y se vino de espaldas

al suelo, con una sonrisa demoníaca entre los labios, y un gesto de placer como si hubiera terminado de comerse unas ostras y gimiera convulsivamente: ¡delicioso!, ¡delicioso!



*Palmera*, 1933.

## ALFREDO ARMAS ALFONZO

[Clarines (Anzoátegui), 1921-Caracas, 1990]

Editor, crítico, historiador y fotógrafo. Figura reconocida la literatura fantástica y del realismo mágico latinoamericano. Fundador de la revista literaria *Jagüey*, la cual lo llevaría a organizar la primera conferencia de la Asociación Venezolana de Periodistas. Considerado como pionero del microrrelato. Ganador del Premio Nacional de Literatura en 1970. Los cuentos seleccionados para esta antología fueron tomados de: *El osario de Dios*, 1969.

Nolbelto de gracia y ello le bastaba para identificarse, tuvo su cara completa antes de que la lepra se la acabara. Primero le tarasqueó el oído de la derecha, le abrió la mejilla al punto de vérsese las muelas y por entre estos huesos la enfermedad se le pasó a la nariz, que también se la tumbó, hasta que finalmente se le corrió al ojo derecho de los dos que tenía azules y se lo escarneció.

Todos los años sin faltarle ni uno solo, Sotera su mujer le paría un hijo entre la candela, porque era epiléptica, hasta que la llaga lo mató, pero Sotera siguió pariendo lo mismo y los muchachitos siguientes sacaban todos el ojo derecho azul.



*Casa en la Lava cerca de Nunziata, Sicilia*  
fragmento, 1936.

No había acabado el novenario en descanso del alma del difunto Ramón Ignacio Alcalá cuando empezó a hablarse de la aparición de una mujer envuelta en flotante ropaje blanco que recorría las calles siempre a la media noche camino del cementerio.

Rafael Armas que sale de cierta casa a eso de la una y la mujer que pasa. Rafael Armas saca el revólver y la tira. La mujer se apresura.

Vuelve a apuntarla y así; hasta que descarga el arma.

La mujer ya va frente a los palosanos de la entrada del cementerio.

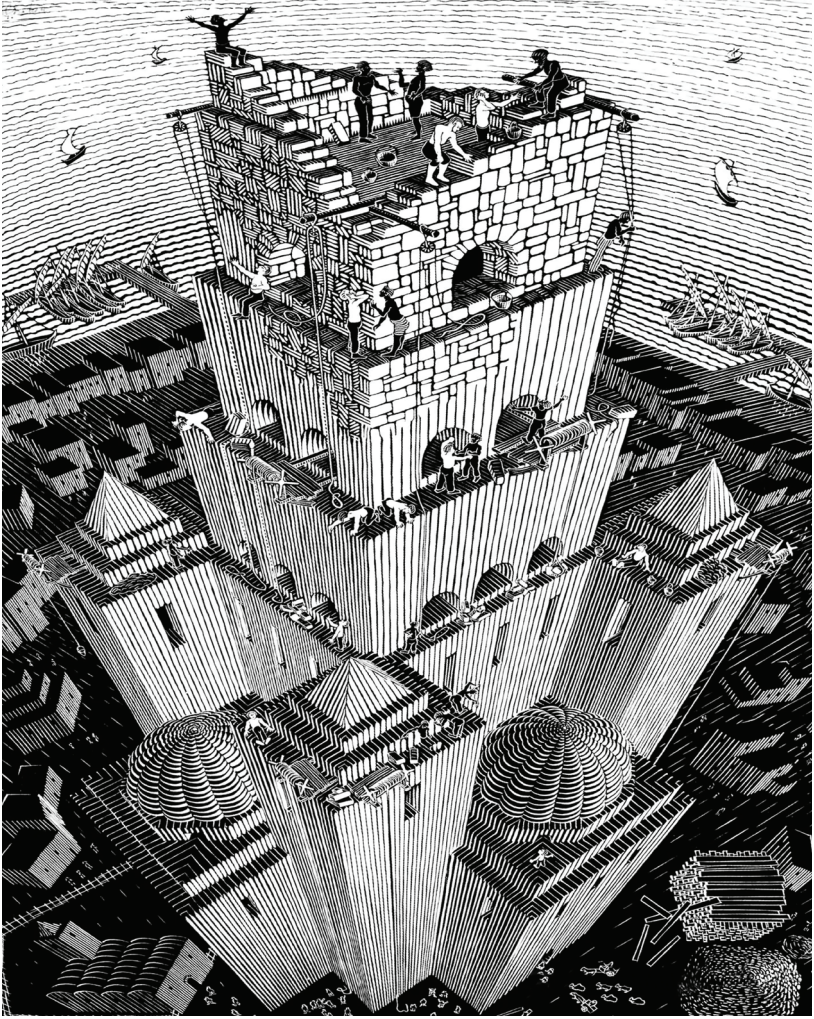
Rafael Armas la persigue.

La mujer entra al cementerio por la puerta abierta del cementerio.

Rafael Armas tiene que saltar la pared porque la puerta del cementerio está cerrada, y en lo que demora ya la mujer se ha perdido entre las tumbas. Al fin descubre el flotante ropaje.

Rafael Armas corre entre las cruces y llega a tiempo para ver que la mujer holla una tierra recién removida y allí se agazapa. Rafael Armas identifica la sepultura de Ramón Ignacio Alcalá. Está abierta y la ocupa Ramón Ignacio Alcalá, todavía revestido de su negro traje de Palm Beach que estrenó el día del entierro. María Manuela su mujer muy atareada a su lado con una lezna de zapatero le cose un remiendo en la solapa sobre cinco agujeros de bala.

En su casa, al día siguiente, Rafael Armas va a cargar el revólver y le encuentra las cinco balas intactas. El arma apenas si ha perdido algo del pavón.



*La Torre de Babel, 1928.*

La de Evangelista el manco, que es una Párica de las catorce, no guardaba rial, ni poseía tierras ni semovientes ni casas que alquilar.

La de Evangelista el manco cuanto tenía era una cría de caballitos del diablo en el bajo de Caramiche y los alimentaba con nepe.

Apenas amanecía, la de Evangelista el manco llamaba los caballitos del diablo silbándoles el himno nacional y los mandaba a buscar miel por el monte.

Los días que la de Evangelista el manco, no tenía miel para la venta eran aquéllos en que la mujer había amanecido con la boca seca y sin saliva por supuesto no podía silbar el *Himno*.

## PASCUAL ESTRADA

[Zaragoza, 1935-Caracas, 2001]

Docente, periodista, crítico de arte y ensayista. Su obra literaria se compone por cinco libros: *Pie en el barro*, donde incursiona en la poesía; y otros cuatro volúmenes de narrativa, donde experimenta con ejercicios entre texto, disposición gráfica y su crítica, en la cual hace ecos a la narrativa de autores como Samuel Beckett. Este cuento fue tomado de *Rostro desvanecido memoria* (1973), la cual forma parte de sus obras narrativas experimentales.

## DEL DIARIO DE LA BATALLA DE LAS HORDAS DESNUDAS

La risa retumbaba.

No: el eco de las risas dibujaba ráfagas de dientes juveniles a los cuatro puntos cardinales, las ráfagas de dientes esplendorosos y alegres describían parábolas como fuegos venecianos de artificio, como blancas gaviotas a reacción en los cielos, cuando nosotros, las hordas desnudas, marchamos hacia los lugares neurálgicos de la ciudad. Porque habíamos encontrado nuestra segunda arma, la risa, después de la primera, la desnudez, y antes de la tercera: la muerte airada. Eramos muchos: cien mil, quinientos mil, un millón. La ciudad entera, los desnudos ya, infinitos, contra los “fraques” y los trajes oscuros.

Un temblor fecundo homicida flotaba sobre el suelo a la altura de nuestros sexos que, hermosas flores oscuras —alguna color paja, alguna color llama—, se alineaban con pocas discrepancias a nivel de la niebla erótica trepada a las piernas, a las caderas, a la sangre.

Ese temblor, esa niebla amorosa, ese gas impalpable, nuevo experimento del doctor Ox, nos brotaba por ósmosis convertido en risa jocunda, en vibrantes divinas carcajadas. (Y una y otra vez viene a la pantalla de mi recuerdo la imagen de la playa sin tiempo que el buen amigo Hans ve desde la nieve).

Risas pues alegres a todos los cuadrantes de la rosa de los vientos, risa que henchía nuestros cuerpos e impulsaba a las hordas desnudas contra los reductos enemigos. Avenidas que estallan en rojos cola de gallo, en blancos de dientes blancos y en blanco oscuro y canela de desnudez canela, oscura y blanca, avenidas y esquinas que huelen a la especie y a flor, que suenan a gargantas alegres y a viento, que se instalan como píldora de eternidad brevísima bajo la lengua, carne y flores, risa y sexos, viento, amor, amor, amor por las calles anchas en busca de las odiadas —tal vez no, sí innecesarias textileras. Hubo alguna escaramuza sobre el tapiz belga de las risas aladas, al caer la tarde, por las esquinas. Bien quisiera yo describir en forma épico-poética las arremetidas —y las muertes— de los nuestros, pero la sangre únicamente por carisma depravado de la literatura puede convertirse en algo bello. Esa cosa de la que estamos siempre huyendo, el último estertor, se produjo ante nuestra vista.

Una risa, un vientre, una palabra es algo demasiado tremendo para admitir su nadificación. En fin, por encima de los muertos, avanzamos hacia los reductos enemigos, y a ellos llegamos. Fueron días horribles y noches espantosas, pastel de risas y gritos, de sangre y sexos, de incendios, ataques, carne desgarrada y danzas a la luz de la luna, rechinamientos y casas ennegrecidas por el hollín de las telas quemadas, lodo de lágrimas también y locura de especie en convulsión. Solo el vestido o la desnudez nos distinguía, no se preguntaba, el grupo se arrojaba contra el individuo, el individuo moría, se juraba se blasfemaba y se reía al unísono, y los gritos y las risas eran la banda sonora más infernal que nunca haya oído. Se combatía en todos los puntos de la ciudad, se arrasaba, se devastaba, se mordía y arañaba. La desnudez y la tela formaban un vasto mar encharcado y vibrante. La pólvora llenó la ciudad de acre olor mezclado al amargo de las axilas y un resplandor bosquiano de incendios recortaba muros ennegrecidos en los confines de la ciudad. El espantoso chirriar de dientes y el sublime eco de las risas flotaron sobre la ciudad durante

siete días con sus noches. Después, igual que al atardecer desaparece por grados la luz diurna hasta la calma de la oscuridad, o como al levantarse el telón disminuye paulatinamente el rumor de la sala hasta el silencio total, así resplandor de incendios y rugido de masas en pelea fueron muriendo poco a poco, hasta que el simple cerrarse de una puerta era escuchado en los cuatro confines de la ciudad. La fatiga nos dejó dormidos sobre nuestra propia sangre mezclada a la ceniza de los incendios, durante largas horas. Un amanecer cualquiera nos fuimos despertando. Silencio. Sobre mí el cielo azul, aún sin sol. Silencio. Parpadeé. Silencio. Respiraciones acompasadas. Volví la cabeza a un lado. Unos senos amplios, ligeramente derribados a ambos lados del pecho, a la altura de mis ojos, se alzaban y descendían, permanecían inmóviles un segundo, se henchían de nuevo y se relajaban, otra vez, otra vez, otra vez.

A mis pies un hombre de chaqué ennegrecido de quemaduras miraba sin ver —ya muerto, la cabeza doblada como un cristo in-noble— mis uñas chamuscadas. Me alcé sobre un codo. Poco más allá una mujer levantó la cabeza, despeinada, oscurecida de ceniza. Nos miramos. Fui hasta ella. Le tendí la mano. Se incorporó. Sin soltarnos, miramos a nuestro alrededor. Aquí y allá, como en un Valle de Josafat, la tierra brotaba formas humanas. El sol surgía. Los muertos, muertos estaban. Nos agrupamos. Desprezcos de brazos tendidos subían al cielo sonrientes. Luego, sin orden previa, todos fuimos en lenta procesión tranquila hacia las plumas de agua, hacia las fuentes públicas bajo los árboles, a los ríos y los mares, donde reunidos nos lavamos alegremente unos a otros de todo resto de sangre y ceniza. Jamás nadie había experimentado nunca tanta calma, tanta plenitud. Los amigos nos encontramos, nadie se refirió al pasado, hoy era hoy y no, aún, mañana ni qué haremos. La jornada concluyó, sentados todos en las faldas de las montañas, de las colinas, en las azoteas, pies colgantes sobre el cemento despedido, diciendo adiós a un bello sol poniente.

## GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

[Caracas, 1950]

Traductor, compilador, crítico literario y escritor destacado en el ámbito de la narrativa y la poética. Es director de *Imagen. Revista Latinoamericana de Cultura*, e *Imaginaria*, revista dedicada a la exploración de lo inquietante y lo fantástico. Editor independiente y traductor de poesía en lengua inglesa. En 2019 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura. Los cuentos seleccionados para esta antología fueron tomados de: *Los dientes de Raquel*, 1973.

## LOS BRAZOS DE KALYM

Kalym se arrancó los brazos y los lanzó a un abismo. Al llegar a su casa, su mujer le preguntó sorprendida: “¿Qué has hecho con tus brazos?”.

—Me cansé de ellos y me los arranqué respondió Kalym.

—Tendrás que ir a buscarlos; vas a necesitarlos para el almuerzo.  
¿Dónde están?

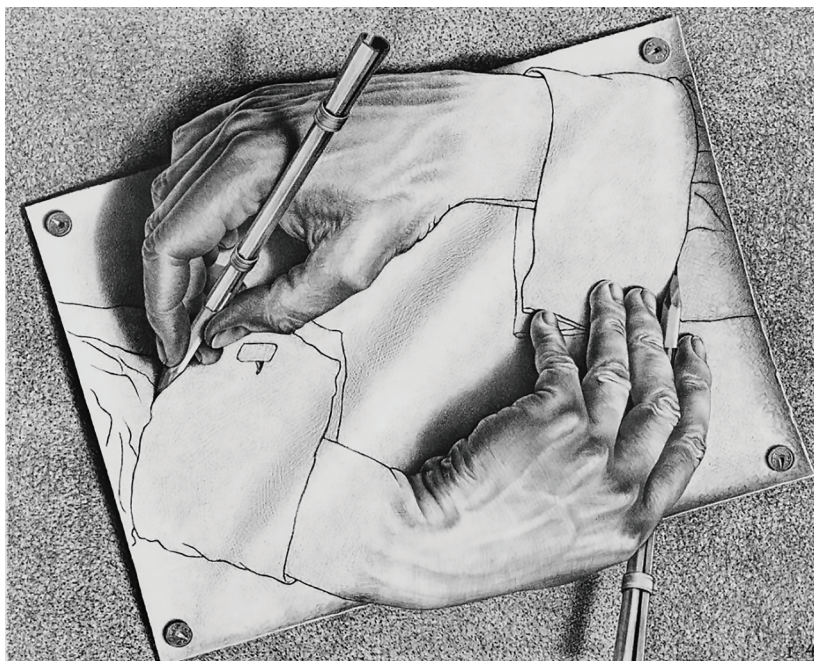
—En un abismo, muy lejos de aquí.

—¿Y cómo has hecho para arrancártelos?

—Me despegué el derecho con el izquierdo, y el izquierdo con el derecho.

—No puede ser —respondió su mujer—, pues necesitabas el izquierdo para arrancarte el derecho, pero ya te lo habías arrancado.

Ya lo sé, mujer, mis brazos son algo muy extraño. Olvidemos eso por ahora y vayamos a dormir— dijo Kalym abrazando a su mujer.



*Manos dibujantes, 1948.*

## LOS DIENTES DE RAQUEL

Raquel mordió una manzana y todos sus dientes quedaron en ella. Fue a su casa con la boca sangrando a avisarle a su mamá. La mamá vino corriendo asustada a buscar los dientes de Raquel, y cuando llegó, los dientes se habían comido la manzana.

La mamá quiso recogerlos, pero los dientes se levantaron y se comieron a Raquel y a la mamá.

Después, los dientes volvieron a la boca de Raquel, quien muy hambrienta corrió a pedirle a su mamá que le comprara una manzana.

## FRANCISCO MASSIANI

[Caracas, 1944-2019]

Artista visual, dibujante, novelista y cuentista. Su novela de formación, *Piedra de mar*, en la cual evidencia la desolación de la juventud de su generación (tema recurrente en su narrativa), fue un exponente literario de su época por su manejo impecable del lenguaje. En 2012 se le confirió el Premio Nacional de Literatura. El cuento de la presente antología viene de su obra: *El Llanero Solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes*, 1975.

## HABÍA UNA VEZ UN TIGRE

Había una vez un hombre y una mujer. Durante siete años maduraron con pobreza y soledad un amor sereno más parecido a una amistad que a una pasión de amantes. El día que ella cumplió los veintisiete años, el hombre tomó dinero del ahorro de tres años de trabajo, y se propuso regalarle algo a su mujer. Explicó que tardaría una hora o un poco más en llegar ese día a la cena y se despidió de ella con un beso en el ojo izquierdo. Siempre la había besado en el ojo derecho o en la frente, seguramente se debía al aniversario, así que la mujer, una rubia menuda y pequeña, preparó el plato preferido de Hamilton y puso el mejor mantel para la cena de esa noche. Algo bueno debía llegar esa tarde con el marido.

Hamilton, que era el apellido del hombre, salió de su trabajo a las seis de la tarde. Fue al centro de la ciudad y entró a un pequeño negocio de curiosidades. Al principio se fijó en una acuarela, el pintor había fijado con bastante precisión el vuelo de un pájaro que fascinó a Hamilton, y a un cazador junto a un perro, que parecían contemplar el hermoso crepúsculo del paisaje. Mejor que el bodegón y la marina, no era tan costoso como una lámpara de bronce que según el tendero había pertenecido a una vieja familia aristocrática: una auténtica reliquia y una oportunidad única para agrandar a una digna esposa. Hamilton no estaba seguro. Decidió echar una mirada más, y al ver el jarrón sintió que había encontrado lo que buscaba. No era muy grande y el cristal mostraba un tallado discreto, a Elizabeth le encantaría. Antes de entregarle el dinero, mientras el viejo envolvía el regalo para meterlo en un cofrecito de madera, Hamilton se fijó en el libro. Se hallaba en una esquina de

la mesa. Al tomarlo, dejó sobre la madera un claro que reproducía con exactitud las proporciones y denunciaba un tiempo largo de olvido. Las tapas de cuero habían sido agujereadas por polillas, y solo había escrita la segunda página. No había señales de autor o imprenta y el resto de las páginas se hallaba en blanco. Hamilton sonrió al conocer la brevísima historia. Decía: “Había una vez un tigre. Tenía siete rayas. Era tan pesado como una desgracia y tan liviano y flexible como el amor”. Cuando Hamilton preguntó por el libro, el hombre pequeño, calvo, de corbata de raso, dijo que lo había encontrado en la calle, muchos años atrás y que no tenía intenciones de conservarlo. Hamilton salió del negocio con el cofre y el librito.

El tranvía lo dejó cerca de su casa a las siete y cuarto de la tarde. Se había demorado tanto que evitó pasar frente al bar donde diariamente bebía dos cervezas con el dueño, un tal Campbell, con quien jugaba al ajedrez los días feriados y los domingos. La muchacha lloró al ver el jarrón, y después de cenar y vivir el momento más intenso del amor, abrió el libro a medianoche, antes de rezar.

“Había una vez un amor liviano —leyó. Tenía seis rayas. Era tan pesado como una desgracia y tan flexible como un tigre”. Le preguntó al marido dónde había conseguido el libro, “¿Acaso no te gusta, Elizabeth?”, oh no, no era eso, es que la había hecho sentirse emocionada y aún no sabía por qué. Hamilton la besó en el ojo izquierdo, la abrazó y la muchacha al rato se sintió mejor y se durmió.

Al día siguiente, Hamilton le regaló el libro al dueño del bar. Campbell no leía mucho, ah pero se trataba de un cuentico muy corto, ¿verdad, pícaro Hamilton? Estaba muy contento con aquel regalo y debía celebrarlo con dos cervezas más. El señor Hamilton dijo que bien, que aceptaba solo dos, que Elizabeth lo estaba esperando, seguro, viejo pícaro, como si no te conociera, y los dos hombres “¿Te acuerdas de aquella gordita que vivía en la esquina y tenía dos cachetes rojos?” A las seis y cuarto Hamilton se despidió

de Campbell y le pidió que cuidara el libro porque era una verdadera cosa rara.

Cansado por el trabajo, Campbell abrió el libro antes de irse a dormir. Cuando leyó el cuento por segunda vez, volvió al negocio y se bebió tres cervezas más. ¿Acaso Hamilton se había vuelto loco? ¿Sospechaba de él? Qué maldito cuentecito, francamente. “Había un pasado como una desgracia” (Dios mío, ¿qué significaba aquello?). “Tenía cinco tigres” (¿Qué era eso, por Dios santo?). “Era tan liviano como una raya y tan flexible como el amor”, ¿sería que estaba demasiado cansado y la cabeza le marchaba mal? Campbell guardó el libro en un viejo armario, le pidió a su mujer que lo levantara más temprano y se acostó. Cinco años más tarde fue el escándalo y todo el mundo vio el momento cuando los policías se lo llevaban y oír los gritos y ver el llanto de la mujer de Campbell era terrible. ¿Quién se iba a imaginar que Campbell contrabandeaba con opio? A Campbell lo había denunciado un gordo amarillo, desdentado; que no se quitaba nunca una gorra de capitán. Lo sospecharon porque desapareció del barrio un día después de haber sido detenido Campbell, y lo confirmaron cuando la prensa publicó el crimen: lo encontraron en una casa deshabitada, con cinco balazos en el vientre.

Quince años después, fueron rematados los muebles de la familia Campbell, por una miseria. El bar fue clausurado, y viuda la mujer de Campbell, se fue de Londres a vivir el resto de sus días en una casa de campo. El armario fue adquirido por Elizabeth no tanto por necesidad de aquel trasto viejo sino por piedad y cariño a la pobre Mini. El armario fue a dar al galpón donde guardaban la leña y el carbón, y allí resistió la primera guerra, y el año veinte, una niña muy astuta y curiosa, la nieta de Elizabeth, sacó todas las cosas que había dentro. Papeles, cartas, una vela, cordones de botas, un cuchillo, y ah, un librito. Le fascinó encontrar un libro en un armario tan viejo. El libro era tan viejo como abuela Elizabeth o quizá mucho más. A pesar de la humedad se había conservado

bastante bien. Por lo menos tenía las tapas enteras, ¿verdad? Y si tenía huequitos, bueno, no tenía importancia porque ella podía llenárselos con la masa del pan, y había que ver lo bien que estaban todas las páginas del libro. Claro que era muy raro que solo tuviera una página escrita, y con una voz que empleaban los niños para contar un extraño descubrimiento que hicieron anoche al acostarse y ver que papá y mamá o un hermano y una muchacha, se dijo asustada: “había una vez un amor tan flexible”, flexible, ¿qué quería decir eso? “Tan pesado como una desgracia. Tan liviano como una raya. Tenía cuatro tigres”. Qué cuento más adorable, ¿verdad? No había sol para calentar el librito, pero al menos podría pasarle un paño, limpiarlo, y después lo escondería en el bolsón del colegio. Y así, desde ese día, Jane Hamilton cumplió los quince años de “la niña que tiene un libro de un tigre en su casa”.

Jane se casó con un americano del sur, un tipo larguísimo y callado que venía de Phoenix, de Arizona, que prometía enriquecerse en diez años y sabía como cosa extrañísima, hablar el francés y adivinar una que otra vez el nombre de alguna ciudad que no fuera de Inglaterra o de Francia y a veces acertaba al preguntar si tal señor no era el que había escrito tal novela de amor.

Jane viajó con su americano a un nuevo continente donde uno abría un grifo y llenaba la casa de un líquido negro que estaba transformando al mundo. Pero el Peter murió en la segunda guerra, quedó viuda, con una niña bellísima, poco dinero, y el libro. Se casó por segunda vez con Un español que hacía postales. Fue a los treinta y siete años de edad, en Navidades, que regaló el libro. Se lo entregó a su hija, a Lilian, que comenzaba a vivir los años dorados y ser deseada por todos los muchachos de la calle. “Tómalo”, le dijo junto al arbolito, “es el mejor recuerdo que tengo de mi infancia, de mi Inglaterra, de mi familia”. Después de la cena Lilian pidió permiso y prometió volver temprano, solo estaría con una amiga que vivía muy cerca. Jane le sugirió que se llevara el libro para que

lo mostrara a la amiga. Lilian besó a la madre y a su padrastro, y estrenó un lindo abrigo rojo que había sido antes de la mamá. Al encontrarse con Doc abrió el libro, y aprovechando la luz de la casa de la fiesta, leyó la historia del tigre y se echó a reír. “No sé cómo puede causarte gracia —diría Doc, un adolescente que mataba el tiempo rompiéndose las espinillas de la cara—, a mí me parece que es tan inmundos como pasar la noche con los ancianos inmundos y malditos de uno, ¿sabes? Ella se sentía feliz porque Doc le tenía la mano ahí y le gustaba mucho que se la dejara ahí y Doc espantó un gato y comentó que había robado cinco litros de leche y varias latas de sardinas. “Tu mamá debe tener perforado el cerebro”, dijo Doc antes de despedirse con un beso de Lilian, porque había leído que “Tigre una vez una” (¿Qué?). “Había rayas” (y dígame eso), “tres tenía desgracia una como pesado” (qué ridículo), “Era liviano tan y amor como Flexible”. Mañana vienes sin eso puesto, le gritó Doc.

Lilian se convirtió en una desbordante belleza. Un año después de haber perdido a Doc se escapó de la casa con un carpintero del barrio, un hombre que podía ser su padre, alcoholizado y colérico, esos tipos robustos que saben contar un chiste, que hacen bromas pesadas y que se matan con cualquiera porque no le tienen miedo a nada y porque no aman nada. En mil novecientos sesenta, a los veintisiete años de edad, con una vida oscura y extraordinaria, desbaratada por alcoholes y drogas, fue asesinada en cualquier parte de Nueva York, por cualquier estúpido motivo, como suelen morir esas bellezas perfectas. ¿Quiénes eran sus padres? ¿De dónde había venido? ¿Tenía dinero? ¿Algún hijo? ¿Alguna deuda? Dejó, entre otras cosas inservibles, un librito y una fotografía que debía corresponder a una fiesta de campo. Ahí las flores, seguramente los pájaros y una brisa que apenas movería las hojas y algunas ramitas debiluchas. Había una niña rodeada de personajes de bastón y sombrero, señoras con botines y pajillas luminosas, un perro que fue alcanzado por la foto, y se podía distinguir, si uno se empeñaba en seguir aquel absurdo

rastro de felicidad dentro de aquel cuartucho inmundo, un librito que la niña de la foto sostenía entre las manos y contra una rodilla de una hermosa matrona. Por detrás leyeron: “Fiesta de mis doce años, en casa de tío Tom Jane Hamilton Lawrence”.

“A mi hija la mató su belleza”, dijo Jane Torres Hamilton, cuando el inspector encargado del distrito quince le señaló al hombre que había asesinado a su hija. Era muy grande el negro. Jugaba béisbol, trabajaba en una carnicería de la esquina y conocía a Lilian lo insoportablemente poco, lo miserablemente poco que puede conocer un negro que está obligado a soportar diariamente más de cincuenta kilos en la espalda, y que solo puede verla, a ella, una mujer rubia y amada, pero sobre todo rubia y sobre todo amada, una que otra vez cada quince malditos días, con el trato de “buenos días” o “buenas tardes, señorita Lilian, sí, la chuleta, señorita Lilian”, oh Dios. El era un negro bueno, lo juraba y había matado lo más malditamente bello y perfecto de toda su vida. El negro lloraba con un retazo de la tela del vestido de la muchacha, y se golpeaba la cabeza contra la pared. El inspector le entregó, entre otras cosas, un libro, y le preguntó a la señora Torres si ella podía dar alguna pista más, porque entre los vecinos se había hablado de visitas nocturnas, de gritos y borracheras, de hombres que vomitaban las escaleras, de mujeres negras que cantaban o amanecían borrachas en la puerta. “Era como una desgracia un amor tan tigre” leyó el inspector. “Tenía dos rayas. Tan liviano y flexible como pesado”. La señora Torres conservó el equilibrio con el brazo del viejo Torres, y después de guardar el libro dijo que su hija no era esa cosa muerta y que ella no quería saber más nada de nada en este mundo.

Dos meses más tarde, Jane y su marido, Pedro Torres, abandonaron la ciudad de Nueva York y se trasladaron a Washington, ciudad que fue considerada por los pocos amigos que frecuentaban la casa de los viejos, más apropiada por sus parques y su tranquilidad, que Nueva York, cada vez más infernalmente ruidosa, cruel y tan llena

de amargos recuerdos. El libro viajó con la pareja en tren, y finalmente pasó a ocupar un lugar fijo, encima de la mesita del recibo del nuevo departamento.

Tres años pasaron sin que el libro cambiara de lugar. Una tarde de primavera, la señora Torres fue a sentarse al balcón para contemplar los cerezos que recién estallaban ahora, además del color del río y del color del cielo y del aire seco y fresco de la mañana. Una mariposa entró al balcón y después de detenerse un instante sobre el brazo de la señora, se inmovilizó sobre la baranda del balcón. Era celeste y blanca y muy grande. La vio temblar y después salir despistada, volando hacia un norte nuevo, hasta que desapareció confundida con la mañana. La señora Torres cerró los ojos y pensó en la granja del tío Tom. ¿A qué olía la hierba húmeda de la granja? ¿A qué olía el trigo seco? ¿Cuál era el verdadero color de la ciruela? ¿Por qué siempre había sentido ternura por las ovejas cuando las veía lejanas desde la ventanilla de un tren? Ahora que había surtido con suficientes recuerdos amados la memoria, ahora que había conseguido nutrir de poderosos momentos de dicha una madura nostalgia, y que aquella nostalgia le había intensificado los apetitos de amor y de belleza, ahora que estaba preparada para morder la dicha y saborear íntegramente su jugo, oh Dios, ¿por qué justamente ahora sentía que perdía la vida? La señora Torres apretó con angustia el brazo de la silla, cerró los ojos, y poco a poco, a través de una galería de parientes, fue alejándose cada vez más de sí, hasta caer en el vacío oscuro y fantástico de las señales de los sueños.

Se durmió un momento y despertó con un ruido, vio una pelota de tenis deslizándose sobre el piso del balcón hasta golpear otra vez una hoja de la puerta ventana. Luego oyó abajo la voz de un niño o niña y poco tiempo después sintió el timbre y supuso que venían a buscar la pelota. Se hubiera levantado, pero los años la habían llenado de un peso insoportable. Así que mirando hacia la puerta gritó: “Está abierta, empújela”. Entonces apareció la niña. Era pecosa.

Rubia. Y un poquito descuidada. Habló asustada y la señora Torres no le entendió. “Acércate” le dijo. “No tengas miedo, ven”. La niña obedeció. Caminó en puntas de pie sin pisar con los talones. Jane le acarició la cabeza al notar que la niña tenía dos dientes menos. La vio agacharse, coger la pelota y mirar hacia la puerta del departamento. “¿No quieres quedarte un momento conmigo?”. Ella negó con la cabeza. “¿Quieres chocolate?”. La niña, que se llamaba Doris, dijo que a ella le gustaba mucho el chocolate pero que le daba vergüenza estar ahí con unos zapatos tan sucios. Jane la convenció y le dijo que los chocolates estaban en la cocina, en una lata que tenía un caballo pintado en la tapa. Jane supo después que Doris tenía ocho años de edad, vivía sola con un tío y no sabía mucho de sus padres. Jane le habló de Inglaterra, de algunas historias verdaderas y otras que inventó, y se sorprendió al oírse una carcajada por un relato de Doris. Desde entonces la niña frecuentó la casa. Hubo que gastar un poquito más todos los meses porque Doris comía mucho chocolate y porque muchas tardes se quedaba a almorzar con los viejos.

Una tarde de otoño, Jane le pidió a Doris que se llevara el libro que estaba sobre la mesa. A pesar de la estación, el sol aún calentaba un poco en la piel. Era una fresca tarde de octubre y ya había hojas muertas sobre los jardines y sobre la calle. A Doris le encantaba pisarlas y oír el crujido bajo las suelas. Se llevó el libro a la orilla del Potomac y dio tres vueltas a la manzana, pisando las hojas más tostaditas antes de subir a casa. Cuando tío Henry la encontró pasándole el pañito al libro, le preguntó dónde lo había encontrado y por qué le pasaba el paño a esa cosa tan vieja. Henry se sentó en una silla, frente a la sobrina, que no dejaba de pasar una y otra vez el pañito sobre el cuero del libro. “¿Y qué dice el libro?” preguntó el tío Henry. “Es una linda historia de un tigre”, dijo Doris. “Tú ya sabes leer, Doris, podrías leerme la historia, ¿qué te parece?”.

Doris se sentó en el suelo, abrió el libro y le dijo: “pero acuérdate que no debes toser cuando esté leyendo porque me molesta

mucho”. Doris leyó lentamente la historia del libro. Dijo: “Había una vez un tigre. Era tan liviano como el amor”. Tío Henry mascó la pipa, miró a Doris, y Doris metió el dedo donde le faltaban los dientes. “¿Qué más?”, preguntó tío Henry. “No hay nada más” dijo Doris. “Pero es una historia muy corta” dijo tío Henry. “Pero es una historia muy linda” dijo Doris. Dejó al tío Henry en el saloncito y se fue a su cuarto. El paño que aún utilizaba Doris para quitarle el polvo que el libro ya no tenía, era el mismo que la niña apretaba de noche para dormir.

Al día siguiente, al despertarse, vio el libro junto a la cama. Lo abrió y se extrañó. “Había una vez el amor” leyó. ¿Y dónde estaba el tigre de la historia? El tío Henry estaba en pijama, afeitándose frente al espejito del baño. “Tío Henry” le dijo. “¿Sabes que el tigre del cuento se fue?”. El tío Henry evitó sonreír y eliminó unos pelitos blancos de la comisura de la boca. “Un día aparecerá” dijo, después de saludarla. Doris se metió el dedo entre los dientes y volvió a su cama. “Se lo voy a decir a Mamá Jane”, dijo. Se acostó otra vez, apoyó la cabecita sobre el libro, y después de apretar el pañito se quedó dormida.

## EDNODIO QUINTERO

[Las Mesitas (Trujillo), 1947]

Profesor, fotógrafo, japonólogo y ensayista considerado uno de los narradores más destacados de literatura venezolana contemporánea. Promotor de proyectos culturales en Mérida como la editorial y revista *Solar*, así como compilador histórico de la cuentística nacional. El cuento tomado para esta antología provino de: *El agresor cotidiano*, 1978.

## ÁLBUM FAMILIAR

“Y esta es la foto de nuestro único hijo, muerto la tarde de su quinto cumpleaños”.

Frías como cuchillos las palabras de la anciana surcaron el aire del corredor. Y en seguida, sin darme oportunidad para tomar aliento o, al menos, para buscar apoyo en una silla, otra frase se levantó de aquel hocico puntiagudo.

“Comprenderá que, para una pareja de cuarentones, se trataba de una pérdida irrecuperable; sin embargo, no nos resignamos: hicimos el intento y fracasamos. Desde entonces, nos consagramos, día y noche, al cultivo de su recuerdo”.

Mientras hablaba, la anciana dejaba que sus dedos amarillos se deslizaran sobre la fotografía. Imaginé un mundo de saña en aquella caricia prolongada. Busqué y no encontré huellas de amargura en la superficie de su rostro pálido, casi transparente. Confundido me asomé a la orilla de sus ojitos grises, y solo pude ver mi doble rostro flotando en la superficie de un pozo de aguas sucias.

Aturdido me alejé del corredor y, por un rato, permanecí de pie, arrecostado a un naranjo, contemplando el amontonamiento de nubes en la colina de enfrente. El gris torcaza anunciaba una tarde lluviosa. Y el río que bramaba abajo en la ladera, con su carga de troncos, ovejas y miles de hojas secas, se había convertido en

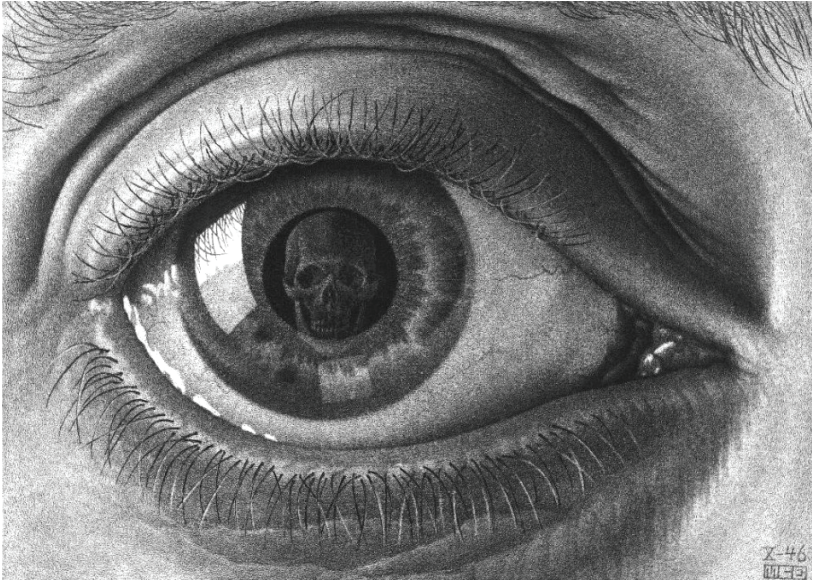
un obstáculo para mi huida: el único puente había sido arrastrado por la crecida, media hora después de mi llegada. Así que, me vería obligado a pasar la noche y el día de mañana y la otra noche bajo el techo de aquel manicomio.

Por un momento llegué a pensar que la anciana deliraba. Descarté esta idea y la sustituí por otra más tranquilizadora: no queriendo admitir el avance de su ceguera, la anciana actuaba con naturalidad, razón por la cual podía confundir el primer plano de un perro ovejero con el perfil de su único hijo, muerto la tarde de su quinto cumpleaños.

Arreció la lluvia, y como fiera enjaulada recorrí pasillos, salas, aposentos, y pude ver, colgados a las paredes, adornando una repisa o la esquina de una mesa, pude ver: bozales, cadenas y collares, estatuas de barro, máscaras y figuras de porcelana, fotos ampliadas, dibujos y grabados... La acumulación de signos de aquel extraño culto familiar aumentó mi desconcierto. Aquella noche no pude dormir. Presentí que, al cerrar los ojos, una avalancha de perros ovejeros entraría por la ventana, a dentelladas y mordiscos destrozaban las imágenes más queridas de mi sueño.

Con la agudeza de pensamiento producida por las noches en blanco me di a la tarea de buscar una explicación satisfactoria al asunto perros. Antes del amanecer mis conjeturas se habían canalizado hacia dos posibilidades. Primera: la pareja, ante la imposibilidad de tener hijos, decidió adoptar el perro ovejero. Segunda: la mujer, efectivamente, parió el perro. En ambos casos, la muerte había aportado un final decente.

Me levanté muy temprano, hambriento y fatigado, dispuesto a no dejarme ganar por la locura. Esperen, no se vayan. Existe una tercera posibilidad, la vislumbré al final del desayuno cuando todos nos echamos a ladrar.



*Ojo*, 1946.

## EARLE HERRERA

[El Tigrito (Anzoátegui), 1949-Caracas, 2021]

Periodista, político, humorista, ensayista, poeta y narrador. Se desempeñó como articulista durante muchos años en las páginas de *El Nacional*, donde destacaba sus opiniones con sátira social. Fundador de revistas culturales y humorísticas como *Libros al Día* y *El Sádico Ilustrado*. Fue Miembro a la Asamblea Nacional Constituyente de 1999. Su cuento “Los dedos de la muerte”, seleccionado por el compilador, fue tomado del libro: *A la muerte le gusta jugar a los espejos*, 1978.

## LOS DEDOS DE LA MUERTE

Desperté esta extraña y triste mañana y me encontré con que todos mis dedos estaban convertidos en largos lápices. Asombrado me estrujé la cara ante la duda de si estaba totalmente despierto y lo que conseguí fue rayármela por todas partes. Caminé durante largo rato por el cuarto y una vez recuperado de la sorpresa y resignado a mi nueva y absurda fisonomía, decidí que debía buscar la manera de adaptarme a ella. En una página en blanco de mi diario intenté registrar tan traumática metamorfosis, pero me di cuenta que cada dedo, o mejor (oh, tantos años llamando dedos a las partes más delgadas de mis manos), que cada lápiz escribía algo distinto: El lápiz pulgar, en trazos gruesos, escribió sobre la muerte de alguien. El meñique, el más débil de todos, apenas trazó una endeble línea recta y se acostó sobre ella. El índice dibujó un sol negro de polos achatados y se quedó señalando hacia él. El medio, con firme grafía, anotó: “El centro y no el fin de la vida es la muerte, hacia ella todos convergemos: nos arrastra una pasión centrípeta”. El anular se quejó de su condición de reo y maldijo al anillo que hace tantos años lo aprisiona. Los lápices de la mano izquierda lo único que hacían era garabatear, como borrachos, pero de pronto todos a la vez escribieron la misma frase, por lo que hube de leerla cinco veces: “Mañana, amo nuestro que siempre nos has esclavizado, amanecerás convertido en tintero y te vamos a beber”. Yo, aterrado, para no darle oportunidad a su venganza, me los clavé de un solo golpe en la garganta.

## HUMBERTO MATA

[Tucupita, 1949-Caracas, 2017]

Narrador, ensayista, compilador y crítico de arte. Fue miembro fundador de la Galería de Arte Nacional y colaborador en numerosas páginas literarias y crónicas de periódicos venezolanos; así como Presidente de la Fundación Biblioteca Ayacucho. Su narrativa de estilo pulcro y anecdótico fue de gran contribución a la literatura contemporánea del país. Ganador del Premio CONAC de Narrativa en 1978. *Pieles de leopardo*, de 1978, fue la obra de la cual se extrajo su cuento “El sustituto”.

## EL SUSTITUTO

La abuela ya está bastante mayor y el abuelo murió recientemente. Volver es un signo que nos atormenta, que siempre está adentro, sigiloso, burlón. La vida es un retorno: volver: recomenzar a cada instante. Pero sin lugar a dudas (¿acaso esto es cierto?) este regreso podría ser tan valioso como cualquier otro. Claro está que la abuela saldrá a abrazarme y quizá alguna lágrima evoque recuerdos que imagino lejanos, fuera de mí, pertenecientes a otro que tumbó pomalacas y construyó trojas con el abuelo; otro que siempre tiende a aprehenderme, a sustituirme como yo hice con él; otro que aún se sorprende cuando presiente el río, el Delta evocable: caños que nunca terminan y colores puros: toda la juventud impercedera, sucesiva, extenuante.

La casa estaba como siempre, igual que antes de yo partir a la ciudad. La abuela, mejor de lo que yo esperaba (¿acaso esto es cierto?), me saludó con indiferencia, como se saluda a alguien que vuelve de un paseo. Después vino la cena y ninguna palabra del abuelo muerto: ninguna evocación que rompiera el silencio, el tranquilo canto de las ranas y el calor sofocante: nada. Caminar hasta el club hubiera sido repetir la ciudad, el tumulto; preferí, seguro, las calles marginales que se acercan al río. Mañana será, me dije. En la comida ella me hablará, pensé. Me mostrará las fotos: el abuelo más pálido que nunca entre sábanas blancas, lavadas con granitos de

bicarbonato, como ella dice, recuerdo. Después los radiogramas y los servicios que la señora Rosa (la que vive en el barrio y quedó viuda o nunca se casó) le prestó en los momentos más difíciles, cuando traían al abuelo en la ambulancia y ella, la abuela, sufrió desmayos y crisis de nervios. Todo será mañana, en la comida, y él abrazará a la abuela y le dirá-las palabras convenientes que pensó cuando venía en el autobús, entre tragos de ron y canciones con cuatro: alguna ranchera necesaria para las madrugadas: cualquier cosa de Chavela Vargas. Contesté, todavía inseguro, algunos saludos efusivos de personas que, sospecho, fueron grandes amigos o simplemente sentían necesidad de presentarse, de decir cuánto lo siento, todo el pueblo acompañó el entierro, yo cargué la urna desde la casa hasta el cementerio bajo la lluvia, porque siempre que se muere una persona así llueve aunque los padres digan que eso no importa y no hayan querido hacerle los servicios a su abuelo en la iglesia, porque era masón. Usted sabe, cada quien puede pensar como quiera, pero su abuelo me dio veinte bolívares para medicinas cuando La Negra, ¿la recuerda? bueno, cuando La Negra se enfermó y yo estaba sin trabajo en La Horqueta. Sí, joven, su abuelo fue muy buen hombre, aunque masón, claro está. Yo varias veces se lo dije pero él siempre reía y se burlaba de los curas. Jamás sin el bastón: ese tiro en la rodilla lo embromó muchos años, sobre todo cuando llegaban las lluvias. Y el dulce de lechosa que nunca le faltaba, en las noches, antes de acostarse, recuerdo... Me acerqué al río y palpé las aguas hasta sentir lo mismo que el otro había sentido: ese vértigo que me atraía a ellas y me obligaba a hundirme en el fango (su lecho) hasta el cansancio. La curiara inesperada, solitaria, me prometió una salida, un pequeño escape y el momentáneo olvido (¿acaso esto es cierto?) Sobre ella, otro más joven: el de los almendrones en la plaza y la retreta de los jueves. De nuevo caminé con el abuelo por las calles soleadas; de nuevo le quité su bastón mientras él conversaba. Regresé.

Registrar el cuarto de atrás, el último, entre miradas de aprobación de la abuela cuyo mundo niega las variaciones: levantarse a las seis, cocinar, caminar por los jardines laterales: repetirse, me produjo una sensación temible: el escalofrío de las cosas perdidas, de los sueños ya nunca soñados. Esos deseos juveniles de convertirse en el abuelo, de imitar su conducta, su cuerpo, su caminar impreciso, volvieron, ahora como espasmos, como choques eléctricos, y me redibujaron una realidad enterrada por el tiempo, por los viajes innecesarios y las noches de amor. Para entonces ya había perdido toda esperanza de comunicación. En cualquier momento comprendí (¿acaso esto es cierto?) que las palabras convenientes, las tramadas durante el viaje, nunca serían pronunciadas. En algún lugar (tal vez el río) intuí este final que había sido tan claro cuando niño, cuando era el otro que ahora, definitivamente, me ha atrapado. Por eso no me sorprendí cuando la abuela me dijo, casi me ordenó, después de la cena y las visitas: el bastón. Por eso no me sorprendió que nunca le lleváramos flores a una tumba inexistente. Por esa razón, repito, no puede sorprender a nadie que yo regrese a casa, por la acera maltrecha, con este bastón que tanto ayuda a mi rodilla adolorida, sobre todo ahora, cuando comienzan las lluvias, porque ya se acerca la noche y la vieja me está esperando con el dulce de lechosa que mucho me gusta antes de dormir en la cama de hierro que compré hace ya muchos años cuando construí la casa, cuando aún este pueblo no tenía historias.



*Mano con bola reflectante, 1935.*

## FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

JOSÉ RAFAEL POCATERRA: “La ciudad muerta”, en: *Cuentos grotescos*, vol. 1. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1972.

JULIO GARMENDIA: “Narración de las nubes”, en: *La tienda de muñecos*. Ciudad de Mérida: Universidad de Los Andes, 1970.

ARTURO USLAR PIETRI: “El ensalmo”, en: *Barrabás y otros relatos*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1978.

ANDRÉS MARIÑO PALACIO: “Abigaíl Pulgar”, en: José Fabbiani Ruiz: *Antología personal del cuento venezolano*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1977.

ALFREDO ARMAS ALFONZO: “El osario de Dios”. Cumaná: Editorial Universitaria de Oriente (EUDORIENTE), 1969.

PASCUAL ESTRADA AZNAR: “Del diario de la batalla de las hordas desnudas”, en: *Rostro desvanecido memoria*. Caracas: Editorial Expediente, 1973.

GABRIEL JIMÉNEZ ERNÁN: “Los brazos de Kalym” y “Los dientes de Raquel”, en: *Los dientes de Raquel*. Caracas: Editorial La Draga y el Dragón, 1973.

FRANCISCO MASSIANI: “Había una vez un tigre”, en: *El Llanero Solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1975.

EDNODIO QUINTERO: “Album familiar”, en: *El agresor cotidiano*. Caracas: Fundación para la Cultura y las Artes (FUNDARTE), 1978.

EARLE HERRERA SILVA: “Los dedos de la muerte”, en: *A la muerte le gusta jugar a los espejos*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1978.

HUMBERTO MATA: “El sustituto”, en: *Pieles de leopardo*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana. 1978.

*Antología. Cuentos fantásticos venezolanos*  
Digital  
de la Fundación Editorial El perro y la  
rana Caracas, Venezuela,  
en el mes de abril de 2024



M  
♠



**Entre las obras más importantes de Julio Miranda se encuentran:** *Antología del cuento cubano* (1963), *Nueva literatura cubana* (1971), *Proceso a la narrativa venezolana* (1975), *Maquillando el cadáver de la revolución* (1977), *Parapoemas* (1978), *El poeta invisible* y *En off. Cine y narrativa en Venezuela* (1981), *Vida del otro* (1982), *Anotaciones de otoño* (1987), *Casa de Cuba* (1990), *Así cualquiera puede ser poeta* (1991), *El guardián del museo* (1992); *El gesto de narrar, Palabras sobre imágenes. 30 años del cine venezolano*, e *Imagen documental de Canacas* (1994), *Agua por todas partes* y *Ciudad con nombre de mujer* (1997), póstumas: *Antología venezolana del poema en prosa* (1999), *Antología histórica de la poesía venezolana del siglo xx 1907-1996* (2001) y *La imagen que nos ve. Ensayos sobre literatura y cine de Venezuela* (2010).



En 1980 el escritor y editor Julio Miranda seleccionaba una antología de cuentos para historiar un género de la narrativa especulativa nacional, excluyendo sus vertientes “fantasía poética” y “ciencia ficción”. Por esta cara, o lado, de la presente edición la lectora y el lector encontrarán una versión formalmente actualizada, un rescate editorial, de aquella antología crucial de cuentos sobre la literatura venezolana del género relato fantástico; compilada, seleccionada y editada para los encartados semanales de *El Diario de Caracas*. Cumpliendo una función más bien de “fotografía” (editorial, del campo cultural), un registro o diagnóstico de los narradores activos en su momento, que de una sesuda compilación comparativa, histórica, crítica o jerarquizante. Antología de catorce relatos entre cuentos, minicuentos y microcuentos que pone en evidencia, junto a lo biográfico individual, el carácter de los grupos, peñas literarias, instituciones culturales, talleres de narrativa, géneros, o estilos que se manifestaron y confluieron en esos primeros años de la década de los ochenta, en el ambiente literario capitalino y nacional (social y políticamente convulsos, tras 1968), junto con las obras literarias producidas y publicadas.

“Este libro presenta una selección amplia de los diversos registros en que la fantasía se ha expresado narrativamente en el país. Desde los autores ya clásicos hasta los más recientes se pretende brindar un panorama comprensivo del que solo se han excluido la ciencia-ficción (que mereciera un volumen ya en esta colección), la fantasía “poética” y algunos autores de los que se han publicado o se publicarán muy pronto respectivos títulos en esta misma serie. El resultado es revelador de los altos logros alcanzados en este campo por la imaginación literaria.”

Julio Miranda, 1980

